LIBRARY OF CONGRESS.

[SMITHSONIAN DEPOSIT.]

Chap. LB 1037

Shelf .A 82

UNITED STATES OF AMERICA

EL TESORO DE LOS NIÑOS.

OBRA ÚTIL PARA SU CRISTIANA Y CIVIL EDUCACION.

PUBLÍCALA

TRADUCIDA DEL FRANCES AL CASTELLANO,

CORREGIDA Y AUMENTADA,

DON ENRIQUE ATAIDE

Y PORTUGAL.

3.6

MADRID

IMPRENTA DE LA CALLE DE LA GREDA.

1807.

Se hallará en la librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe el Real.*

LB 1037
.A82

EL TRADUCTOR.

Todas las obras que se dirijan á la educacion de los niños deben fundarse en principios sólidos é incontestables, y solo se hallan estos en las eternas verdades de nuestra augusta y divina religion: razon porque los padres y preceptores deben instruir, los unos á sus hijos y los otros á sus discípulos, en lo que estan obligados á creer y obrar con respecto á Dios, con respecto á sí mismos y con respecto al próximo, distinguiéndoles y haciéndoles comprehender con sencillez y claridad, cómo deben amar á Dios, cómo á sí mismos y cómo al próximo, en cuyo triple amor, como prescrito por la eterna Sabiduría, está recopilada la verdadera esencia de la sagrada religion de su autor Jesucristo

Señor nuestro. Para que mejor puedan los niños percibir unos documentos tan esenciales para su felicidad espiritual y temporal, es muy del caso ponerles á la vista algunos exemplos, como lo hace el autor; pero sin ciertas distinciones y definiciones metafísicas, que he tenido cuidado de enmendar, y aun de suprimir en varios lugares de su obra, ya por poco proporcionadas al alcance de los niños, y ya por el riesgo de inducirlos á muchos errores contrarios á la sana moral de nuestra santa religion.

Los niños son unas tiernas plantas que es necesario cultivar con el mayor esmero y cuidado, á fin de que ya crecidas puedan darnos los buenos frutos que deseamos. ¿Y como podremos conseguirlo si desde luego no procuramos darlas aquel riego saludable que necesitan para llegar á su debida perfeccion? Los padres y los preceptores de tan in-

teresantes criaturas deben tener siempre muy presente en su memoria aquella divina sentencia que nos enseña, que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Con tan segura guia no podrán ménos de conseguir, que imbuidos los niños en esta verdadera máxîma católica, sean despues unos sugetos apreciables y útiles á la religion, á sí mismos y al próximo; de lo contrario verian con el mayor dolor de su corazon verificado lo que el profeta Rey nos dice en su Salmo 126, y es, que si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican.

Echado este sólido cimiento al edificio de la educacion de los niños, é instruidos estos en el verdadero conocimiento de sus obligaciones religiosas, les será despues fácil el practicar los demas deberes á que estan obligados, con respecto á la sociedad y á la civili-

dad que deben observar entre sus semejantes.

En esta obrita, como luego se verá, es un padre de familia el que se propone instruir en sus deberes á un hijo y á una hija de corta edad. Sus lecciones y conferencias con ellos no podrán dexar de ser útiles, no solo á sus hijos, sino á todos; y por lo mismo, despues de haberla expurgado, añadido y enmendado, segun queda dicho, no he tenido reparo en publicarla, como lo hago, esperando que la indulgencia de los lectores disimulará los muchos defectos que hallará en ella, en obsequio del buen fin con que se la presento.

LECCION I.

De la sociedad.

Hijos mios, ya sois grandes, dixo un dia un padre de familia á su hijo de doce años, y á su hija de once: ya es tiempo de que conozcais, ademas de los fundamentos sólidos, y preceptos de nuestra divina religion, en que os hallais instruidos, la conducta que deben tener en la sociedad las personas que quieren vivir en ella con honor y con buen nombre.

¡O padre! exclamó el hijo, á quien llamaremos Paulino, vos sabeis qual es nuestro deseo de instruirnos, sobre todo junto á vos. Enseñadnos pues á ser tan buenos y amables, como vos lo sois, y en ello nos hareis un gran beneficio.

Para comenzar nuestra instruccion, tened la bondad, dixo la niña Felícitas, de explicarnos lo que deba entenderse por la sociedad.

EL PADRE.

Tu pregunta me agrada, hija mia, porque manifiesta que deseas instruirte. Por la palabra sociedad, en el sentido de que se trata, se entiende la reunion ó junta de muchas personas en un mismo lugar por vivir en union baxo de ciertas leyes, y ayudarse mútuamente en sus necesidades. Dios crió al hombre sociable, y por lo mismo es naturalmente inclinado á buscar sus semejantes; y hasta sus mismas necesidades le obligan á ello. Los pueblos que nos pintan como salvages no son mas que unos hombres groseros que ignoran las artes y las ventajas de la civilizacion, pero que conocen las primeras y las principales ventajas de la sociedad: ellos tienen leyes ó costumbres que las suplen; y así sus derechos son mútuamente respetados.

FELÍCITAS.

Ya comprehendo lo que es sociedad. Esto quiere decir, el estado donde se han reunido los hombres para sostenerse recíprocamente, é impedir á los perversos el hacer mal impunemente.

EL PADRE.

Esa es efectivamente la sociedad. Reunidos así los hombres, se han hecho mas fuertes y mas felices. Estimulado de la necesidad y de la emulacion inventó cada uno de ellos alguna cosa útil, redúxola á oficio, y lo exerció en ventaja de la sociedad, recibiendo en cambio y recompensa de su trabajo aquello que necesitaba, y era obra de los otros.

PAULINO.

Tambien lo comprehendo yo: el uno fué labrador, el otro albañil, otro sastre, &c. El labrador pagó en trigo al albañil la casa que le fabricó, al sastre el vestido que le hizo, &c. He leido en la historia de varios pueblos antiguos que ellos no hacian así su comercio, sino por cambios, y que hasta tanto que

se fuéron ilustrando no estableciéron la moneda de oro, plata y otros metales, la qual representó la casa, el vestido ó el trigo.

EL PADRE.

Muy bien lo has entendido. Ahora es menester que reflexiones y conozcas quáles son las basas morales de este edificio, para que sepas cómo debes portarte. Estas son: *no hagas á otro lo que no quieres que te hagan á ti; y haz á los otros lo que tú quieres que hagan contigo.*

PAULINO.

Esto quiere decir que para portarse como cristianos es menester desde luego abstenerse de tomar lo ageno, no afligir á nadie, y hacer al próximo todo el bien que podamos.

EL PADRE.

No basta no hacer mal, y volver el beneficio que nos han hecho: es menester todavía saber hacer sacrificios generosos, esto es, hacerlos sin la esperanza de ser jamas recompensados por iguales sacrificios; por exemplo: un

hombre se halla expuesto á perecer en un incendio ó en un torrente, y para salvarlo es preciso arriesgar la vida; y tú te arrojas al peligro, aunque casi cierto de que este infeliz no te volverá jamas este mismo beneficio: otro se halla en la indigencia, y partes con él lo poco que tienes para socorrerle: adoptas un huérfano, defiendes vigorosamente la inocencia oprimida; en fin, prefieres la felicidad de tu próximo á la tuya propia, &c. Ademas de esto hay otras obligaciones que cumplir.

PAULINO.

¿Y quales son?

EL PADRE.

Las de la civilidad.

FELÍCITAS.

Explicadnos eso con una comparacion de aquellas que nos hacen comprehender tan bien lo que quereis enseñarnos.

EL PADRE.

Suponed, hijos mios, un hombre que cumple exâctamente con los deberes de

la moral cristiana, sin añadir los de la civilidad: él respeta los derechos de sus semejantes, honra á sus padres, sirviéndoles de apoyo: hace bien al próximo, se sacrifica por todo el mundo, y rinde á Dios los homenages que le son debidos: este, como veis, es un hombre muy digno de respeto y de las bendiciones del cielo, y ¡dichoso cien veces el que se le parece! Pero porque no tiene aquella cortesanía que hace á la virtud tan amable, me parece desde luego un diamante de valor mal trabajado; y así siento verle hacer bien sin gracia, y que algunas personas se quejen de que entra en una sociedad sin saludar á nadie: que se sienta en el primer parage que encuentra: que es tan poco aseado que repugna el verle; en fin, que aparenta no respetar á nadie, quando en el fondo es capaz de dar la vida por los otros. Ya veis que lo que le falta que hacer para ser completo es corta cosa; pero esta corta cosa es preciso no descuidarla. La civilidad no es nada para la virtud real: poco importa que yo me quite ó no me quite el sombrero, que me siente aquí ó allí;

pero estos miramientos son señales de que respetamos á nuestros semejantes: esto les agrada, y por lo mismo es menester ser civil segun lo exîja el uso establecido entre las gentes honradas que tratamos. La limpieza de mis vestidos, y lo arreglado de mis acciones excusa á los que estan junto á mí sensaciones desagradables. Saludando con benevolencia á los desagraciados me los hago afectos, y les quito todo embarazo y sujecion: y no creais, hijos mios, que la atencion y cortesanía deba tenerse solamente con los superiores é iguales, porque un buen corazon se complace en hacer lo mismo con aquellos á quienes la fortuna ha hecho inferiores: por este medio los ensalzamos, y en algun modo les hacemos ménos penosa la diferente suerte que les cupo. En fin, la civilidad hace mas agradable el trato recíproco de los hombres: y obliga á lo ménos á los viciosos á ocultar á los ojos del público la fealdad de sus acciones, y á nuestros oidos la indecencia de sus discursos. Esta, como veis, es mucha ventaja; y así no hay que pensar en sacudir ó descargarse de tan

ligeras cadenas por el bien que nos resulta.

LECCION II.

Deberes hácia Dios.

EL PADRE.

Vamos desde luego á hablar, hijos mios, de los deberes morales del hombre. ¿Qual creeis pues deba ser el principal?

FELÍCITAS.

El primero es amar y respetar á los padres: y quando se tiene uno tan bueno como el nuestro, esta obligacion es muy agradable.

EL PADRE.

¿Y tú, Paulino, como piensas sobre esto?

PAULINO.

¿Puedo yo pensar de otro modo que mi hermana? ¿No recibimos los primeros bienes y las primeras caricias de nuestros padres?

EL PADRE.

Hijos mios, por agradable que me sea vuestro amor, yo no debo sin embargo ocupar el primer lugar en vuestros corazones. Soy padre, es verdad; pero teneis otro que lo es de todas las criaturas, qual es Dios, como ya lo sabeis, que nos da la vida, y nos la conserva por su infinita bondad. Todo lo bueno nos viene de él, y á él debe dirigirse todo: y así, que vuestros corazones se eleven siempre á él. No habria ingratitud mayor que gozar de sus beneficios sin mostrar reconocimiento al bienhechor. ¡Ah! hijos mios, si quereis ser perfectamente felices, sedle agradecidos. Aquel arrojarse el alma hácia el cielo; aquellas palabras en que prorumpimos naturalmente: *¡O Dios mio! Vos nos habeis colmado de gracias: ¡mil veces seais bendito!* nos hacen mas dulce el goce de las bondades del Criador. Jamas olvideis que á Dios lo debeis todo, ni que de su mano recibireis despues en la otra vida la recompensa ó el castigo de vuestras acciones.

Sea una regla general, y principalí-

sima para vosotros, que jamas se pase un dia sin que dirijais vuestras humildes y fervorosas oraciones al Criador del cielo y de la tierra. Es para nosotros una gloria grande, siendo, como somos, tan pequeños, poder levantar el corazon hácia aquel que es sobre todas las cosas: y esto debe tambien ser un motivo mas de reconocimiento. Cada dia que el cielo os conceda es un gran beneficio: y así, al despertaros jamas dexeis de manifestar al Criador, por mil acciones de gracias, vuestro humilde agradecimiento: lo qual debe ser vuestro primer cuidado y pensamiento. A la noche, ántes de acostaros, debeis tambien hacer oracion á Dios para que os libre de todo mal: y así gozareis de una tranquilidad verdadera, porque habeis cumplido con esta obligacion sagrada. Dios no necesita de vuestras oraciones; pero vosotros necesitais de orar; y yo puedo predeciros, que miéntras rogueis al Señor con un corazon puro, y no por costumbre y ceremonia, hallareis que todos los deberes de la humanidad son mas fáciles y mas gustosos de cumplir.

LECCION III.

De los deberes hácia los padres.

FELÍCITAS.

Despues de Dios, nuestros padres tienen ciertamente el primer lugar. Ahora si que estoy cierta de no engañarme sobre este punto.

EL PADRE.

Es así, hija mia.

PAULINO.

Por lo que toca á los deberes de los hijos con respecto á los padres, bien los conocemos: nuestro corazon nos los enseña luego que nos hallamos en estado de cumplirlos. Dexad, padre mio, que los expliquemos, y vos nos enmendareis los defectos que hallareis en ello. Desde luego es menester amar á los padres, no solo porque les debemos el ser que tenemos, sino porque cuidan tambien de nuestra debilidad en la infancia; de modo que son para nosotros

en la tierra lo que Dios en el cielo para todos los hombres; y así debemos respetarlos, amarlos y obedecerlos.

Como lo que desean es nuestra felicidad, debemos mirar sus órdenes como sagradas, creyendo siempre que no nos mandan solo por exercer sus derechos, sino por dirigir al bien nuestras acciones; y así el murmurar contra su voluntad es una falta grave, y el desobedecerles un delito. La aplicacion que quieren tengamos á nuestros estudios, no es por atormentarnos, sino para que seamos buenos, y nos hagamos dignos de vivir entre los hombres. Preciso es saber muchas cosas para conducirse con honor en el mundo. Y si los padres ó preceptores no castigasen la pereza de los niños, ¿no serian siempre unos ignorantes? ¿Y estos no son despreciables? ¿No se ven obligados, hasta para las menores cosas, á recurrir á las personas instruidas? ¿Que sería despues de un jóven pobre, si no le obligasen á aprender un oficio para procurarse el sustento? Pararia en ser un holgazan que acaso acaso acabaria su vida en un cadahalso. Si un niño es

goloso, y se le dexa esta mala costumbre, adquiere mil indigestiones que menoscaban su salud: en seguida da en embriagarse, y en ser un sugeto despreciable; el colérico, cegándose, se vuelve asesino: el que roba los juguetes de sus compañeros se acostumbra á robar el dinero á todo el mundo. Los castigos aplicados á propósito desarraygan estos vicios nacientes; y así la severidad bienhechora de nuestros padres, al paso que nos preserva de semejantes desgracias, nos hace activos, instruidos y virtuosos. ¡Dios nos libre de oponernos jamas á su voluntad, y sobre todo de resistirnos á su mano quando nos castiga!

FELÍCITAS.

Hermano mio, dexa que te abrace por las buenas cosas que has dicho. Ni un instante siquiera he dexado yo de amar á mis padres; pero confieso que alguna vez creia injusto que me castigasen por pequeñas golosinas, y ciertas perecillas que tenia; mas tú me has ilustrado, y creo que ya podré acabar, si me dexas, el retrato de un niño que

cumple con los deberes que exîgen los padres. Escucha pues:

El amor y el respeto deben ser las basas de la conducta de un hijo; pero si amase á sus padres sin manifestárselo jamas, y si fuera respetuoso sin arreglarse á las fórmulas que manifiestan el respeto, haria muy mal, pues obrando de este modo los privaria de la dulce satisfaccion de ver hasta qué punto eran queridos y respetados. ¡O padre mio! quando venimos á abrazaros, la bondad con que recibis nuestras caricias me hace creer que contribuyen á vuestra felicidad: me parece pues que un hijo no debe atenerse solo á los buenos sentimientos que le inspira su corazon, sino que debe manifestarlos tambien. Todas las mañanas debe informarse de si sus padres han pasado buena noche, y todas las noches debe desearles un buen sueño. El faltar á esta obligacion es manifestar una indiferencia tanto mas culpable, quanto es capaz de afligir á unos padres tiernos y amantes de sus hijos.

EL PADRE.

Muy bien, hijos mios, muy bien. Lo que acabo de oiros ha alegrado mi corazon, pues veo quereis que mi vejez sea dichosa. Pero hasta ahora solo hablais de los padres amantes de su familia, y que van por la senda de la justicia; pero por desgracia hay algunos que desconocen hasta los sentimientos naturales, y cuyos vicios los hacen despreciables y aborrecibles á los ojos de Dios y de los hombres: en este caso, ¿que deben hacer los hijos?

PAULINO.

Mucho compadezco á esos hijos, porque es cosa dura y terrible conocer los defectos de un padre, y no poder remediarlos.

EL PADRE.

Sin duda, Paulino; pero un hijo bien nacido y educado aunque lleve muy á mal las faltas de sus padres, y siga un camino enteramente opuesto, debe tener el mayor cuidado de no despreciarlos, porque ofenderia á Dios,

cometiendo un gran pecado. Si no puede hacerlos entrar en el camino de la virtud con sus consejos, está obligado á callar y á pedir á Dios por ellos, cuidando al mismo tiempo, y en quanto sea posible, encubrir sus defectos, y apartarlos de la vista del público. ¡Despreciado y aborrecido sea el hijo que revele la vergüenza de sus padres! ¡Y maldito aquel que olvidando la voz de su conciencia y la de la naturaleza, va á acusarlos delante de los hombres! Nada puede exîmirnos del respeto que debemos tener á nuestros padres. Sobre esto voy á contaros la accion de un jóven que no tuvo reparo en cumplir con esta obligacion en circunstancias que otros muchos se habrian contenido por una culpable vergüenza. (Esto sucedió en 1787.)

"Los presidiarios de Viena, ocupados en sus penosos y humildes trabajos, barrian un dia las calles de la ciudad, y un jóven que pasaba por allí se arrojó á uno de ellos, y le besó la mano con respeto. Un caballero que desde su ventana fué testigo de esta acción, hizo llamar á aquel jóven, y le

dixo, que á los presidiarios no se les besaba la mano. ¡Ah! señor, exclamó el jóven, ¿como no se la he de besar si ese presidiario es mi padre? ¡Que cristiana y tierna respuesta! Un orgulloso ó un ingrato se hubiera dado priesa á huir de aquel desdichado anciano; pero este buen hijo solo puso los ojos en la desgracia de su padre, y olvidó la vergonzosa situacion en que lo hallaba."

Paulino ha dicho que quando venia al caso era menester sacrificarse por sus padres, y ha dicho bien; pero ¡quantos hijos ingratos quando ya no necesitan de sus socorros los abandonan y dexan perecer de miseria en su triste vejez!

Concluyamos con una pintura de un género diferente, que es la de un anciano virtuoso, y de un hijo sensible. Lee, Felícitas.

FELÍCITAS *toma el libro y lee.*

"Una noche apacible fué Mirtilo á visitar un estanque inmediato, cuyas cristalinas aguas reflectaban la claridad de la luna. El profundo silencio de los campos iluminados con esta dulce luz, y los tiernos acentos de los rui-

señores, le tuviéron embelesado largo tiempo; mas al fin volvió al emparrado de verdes pámpanos que cubria su cabaña solitaria, y encontró á su anciano padre dormitando tranquilamente á la claridad de la luna: estaba tendido sobre la fresca yerba, y apoyada la cabeza sobre una de sus manos. Mirtilo se paró delante de él con los brazos cruzados, y así permaneció largo rato sin quitar los ojos de su padre, mirando solamente al cielo de tiempo en tiempo, y derramando las mas tiernas y dulces lágrimas de alegría. ¡O tú, decia, tú á quien respeto mas despues de Dios! ¡O padre mio! ¡como reposas dulcemente! ¡Quan risueño y apacible es el sueño del justo! ¡Tú has dirigido sin duda tus vacilantes pasos fuera de la cabaña para celebrar la noche con santas oraciones, y orando te habrás dormido! ¡Tambien habrás pedido por mí! ¡Ah, que dichoso soy! Dios oye benigno tus súplicas, porque sino ¿como estaria nuestra cabaña tan al abrigo de todo peligro, y á la sombra de ramas cargadas de frutos? ¿Como habia de caer la bendicion del cie-

lo sobre nuestros rebaños, y sobre las producciones de nuestros campos? Quando satisfecho de mis débiles cuidados para procurar algun descanso á tu achacosa vejez, viertes lágrimas de alegría, y quando dirigiéndose al cielo tus miradas, me das tu bendicion con el mayor contento: ¡ó padre mio, y que sentimientos tan tiernos y tan dulces penetrán entónces mi amante corazon! Todavía hoy al dexar mis brazos para salir de la cabaña á tomar el sol, y contemplando á mi rededor el rebaño jugueteando sobre la verde yerba, los árboles cargados de frutos, y la fertilidad esparcida en todos estos parages, decias tú: mis cabellos han encanecido en la alegría. Campiñas amadas, ¡benditas seais para siempre! Mis miradas obscurecidas ya no os recorrerán mucho tiempo: ¡muy presto os dexaré por otras campiñas mas dichosas! ¡Ah padre mio, presto debo perderte! ¡O triste pensamiento! Entónces, ¡ay de mí, no cesaré un instante de clamar al cielo por tu descanso eterno!

Al decir esto calló, y mirando al

anciano con los ojos llenos de lágrimas, al fin exclamó: ¡con que tranquilidad descansa! ¡Como se sonrie en medio de su sueño! ¡Ah, sin duda sus acciones virtuosas representándosele en sueños han hecho aparecer en su frente la expresion de la benevolencia! ¡Que brillo esparce la luna sobre su cabeza calva, y sobre su barba plateada! ¡Quiera el cielo que ni los frescos vientos de la noche, ni el húmedo rocío de la mañana te hagan mal ninguno!

Diciendo esto le besa la frente para despertarlo, y le conduce á la cabaña para procurarle sobre blandas pieles un sueño mas descansado." *Idilio de Gessner.*

LECCION IV.

De los deberes con respecto á los hermanos y á sus semejantes.

EL PADRE.

Despues de nuestros padres nadie nos es mas inmediato que nuestros hermanos, y debemos amarlos como á nosotros mismos: *estos son*, como ha

dicho un hombre de entendimiento, *amigos que nos da la naturaleza.* ¿No es vergonzoso, despues de esto, el ver tantas familias indispuestas por la envidia y el aborrecimiento? Esta reunion de los hijos baxo un mismo techo, baxo la misma autoridad de un padre, ó de una madre; esta reunion, digo, que debia engendrar la amistad mas tierna, es precisamente la que en los corazones mal dispuestos desenvuelve las semillas mas funestas. ¡Ved en lo que para el niño envidioso de las caricias que les hacen á sus hermanos, aun despues de haber sido él acariciado! Este niño miserable, triste, apesadumbrado, pasa sus dias formando sentimientos de odio contra aquellos á quienes la misma naturaleza le convida á amar: afligido de la alegría que les ve, sufre todavía mas de lo que ellos tienen, que no goza de lo que él mismo posee. Crece con estos pensamientos, y no ve en su hermano sino un enemigo que le arrebatará una parte de los bienes de sus padres. Si estos mueren, apenas espera á que cierren su tumba para disputar con desabrimiento, y tal vez

con violencia, no solo lo que le pertenece, sino tambien lo que corresponde á los otros. Luego que ha cogido este triste despojo, se separa, ó se encierra en sí mismo: ya no se acuerda de que tiene hermanos sino para aborrecerlos: si son mas desgraciados que él, se alegra; y si son mas afortunados, crece su tormento. Este miserable llega tambien al extremo de ultrajar la respetable memoria de sus padres, acusándolos de injustos, porque en su mala fe no quiere conocer que la injusticia está en su propio corazon.

Esta es la horrible pintura y situacion de un mal hermano; y casi siempre es la envidia la funesta causa de ello. El indicaros, hijos mios, este abominable vicio, es con el ánimo de apartaros y precaveros de él. Nada os diré del que igualmente se dexa arrastrar del interes; solo sí, que todos los vicios deben huirse con el mayor cuidado.

PAULINO.

¡O padre mio! Jamas entrarán en nuestros corazones sentimientos tan odiosos. No temais que vuestros hijos

se aborrezcan entre sí, ni que os acusen de que les habeis hecho sufrir la mas pequeña injusticia.

FELÍCITAS.

Mucho mas dulce es amarse y reunirse los hermanos para bendecir la memoria de sus padres.

EL PADRE.

Sí, hija mia; no solo es mas dulce ese sentimiento, sino que es tambien el principio de muchas otras virtudes, porque nos acostumbra á ser humanos y bienhechores, como Dios manda, y nos prepara para ser con nuestra atencion y cortesanía muy estimados en la sociedad.

Escuchad bien, hijos mios, lo que voy á deciros: los hermanos y las hermanas estan obligados á ayudarse y socorrerse mútuamente. Obligacion nuestra es aliviar al próximo si se halla necesitado, y tenemos medios para ello; pero en circunstancias iguales, si pueden dividirse los socorros, es preciso preferir el hermano al hombre que no nos pertenece por los vínculos de la

sangre. La amistad y buena correspondencia entre los hijos de unos mismos padres no es un simple deber que pueda adoptarse ó desecharse indiferentemente, es un órden de la naturaleza, y una obligacion, á la qual no puede faltarse sin delito.

PAULINO.

¿Y si mi hermano desechase mi amistad?

EL PADRE.

No por eso debes quererle ménos, ni dexar de socorrerle en sus necesidades. El agradar no está en tu mano; pero no hay momento en que no debas ser generoso: por esta palabra *generoso* no quiero decir que lo socorras hasta donde su situacion lo exîja, sino hasta donde alcancen tus fuerzas. La religion nos prescribe el ser compasivos y misericordiosos con todos los hombres. El género humano es una inmensa familia. A nuestros parientes debemos darles la preferencia en los socorros; pero esto no nos dispensa de hacer bien á los demas siempre que podamos.

La providencia divina nos hace de-

pender los unos de los otros, y por lo mismo nos enseña y manda el ayudarnos recíprocamente en nuestras necesidades, y así debemos hacerlo sin mas interes que el de la humanidad: por agradar á Dios mismo que es nuestro padre comun, y quien en su justicia inmutable pesa nuestras buenas y malas acciones. Aquel que desconoce al próximo, y le abandona quando implora su socorro, es muy culpable, y su mismo corazon le condena aun ántes de hacerlo el cielo y la tierra.

LECCION V.

De lo que se debe á la patria.

EL PADRE.

La patria no se reduce á aquel rincon de tierra que nos vió nacer, sino que se extiende á todo el pais que se halla baxo las mismas leyes, y así un vecino de Madrid y otro de Barcelona son de la propia patria, aunque el uno está en el centro, y el otro en un extremo de España. Sentado esto, todos

los hombres de una misma patria son hijos de una madre comun, y por lo tanto estan ligados con deberes recíprocos.

Acordaos de lo que os he dicho de la sociedad general de los hombres en quanto á sus basas: las mismas son las de cada estado en particular, pues siempre se trata de la union de todos para la seguridad de cada individuo. Las leyes se han hecho para asegurar á todos los ciudadanos sus propiedades y sus derechos; y así, luego que la patria nos protege, estamos obligados necesariamente á consagrarnos á ella con todas nuestras fuerzas.

Para daros una idea del heroyco sacrificio que un militar suele hacer de su vida por la patria, voy á contaros la muerte del jóven D'Assás. "Este era capitan del regimiento de Auvergne, y durante la guerra de 1770 hallándose una noche á la entrada de un bosque, se internó en él solo temiendo ser sorprehendido; pero á poco rato se halló rodeado de enemigos que le pusiéron las bayonetas al pecho amenazándole con la muerte si hablaba una

palabra. Este silencio que exîgian favorecia á los enemigos en su emboscada, y perdia á un gran número de franceses: D' Assás no titubeó, conociéndolo, en dar su vida por salvar las de muchos, y así gritó con todas sus fuerzas: *Auvergne, haz fuego que aquí estan los enemigos.* A estas palabras lo atraviesan con las bayonetas, y cae víctima de su amor á la patria. Esta es la accion mas heroyca de un militar, la qual le ha valido una reputacion inmortal."

LECCION VI.

No hacer mal á otro.

EL PADRE.

Despues de haberos hablado de lo que debe el hombre á la patria, es menester que tú Paulino nos digas lo que entiendes por estas palabras: *no hagas á otro lo que no quieres que te hagan á ti.*

PAULINO.

Yo entiendo que no debo hacer á los otros nada que pueda acarrearme perjuicio ó disgusto. Sentiria mucho que

me maltratasen, que me quitaran lo que es mio, que dixeran mal de mí, ó que me despreciaran y humillaran: y así yo no debo quitarle nada á nadie: no debo maltratar, despreciar, calumniar, ni humillar á quien quiera que sea.

EL PADRE.

Los exemplos que acabo de referir servirán, para mayor claridad de tu explicacion, de divisiones á nuestra conferencia sobre el asunto que tratamos. Empecemos por decir algo acerca de que no se debe hacer mal á persona alguna.

No ofender al próximo en su persona.

EL PADRE *prosigue.*

Hacerle mal á otro en su persona es golpearle, herirle ó matarle. La accion de golpear á sus semejantes es una verdadera brutalidad que degrada al hombre; y siempre es la cólera la que le impulsa á tan indigno extremo; y así, hijos mios, ya veis quanto importa el reprimir las pasiones violentas que nos ofuscan el entendimiento, perturban la razon, y nos embrutecen: sobre todo

en la juventud es preciso hacer este esfuerzo, porque quando una costumbre perjudicial está ya arraygada, cuesta mucho mas trabajo el destruirla.

La cólera es un gran defecto que puede fácilmente inducirnos y arrastrarnos á cometer los mayores crímenes: una vez que llega á apoderarse del hombre le transforma en un animal furioso que no conoce nada; él golpea, él hiere; y en su rabia llega tambien á veces á quitar la vida. Concebid pues qual deba ser la situacion de este miserable, quando vuelto ya de su delirio, conozca á sangre fria el delito que acaba de cometer, ¡y quanto debe detestarse por lo mismo! Entónces es quando con la mayor amargura se arrepiente de no haber probado el vencer una pasion tan terrible. Culpable ya de un gran delito, la justicia quiere hacer un exemplar para todos aquellos que no tienen mas poder que él sobre ellos mismos; ha merecido el último suplicio, y en el cadahalso expiará la culpable debilidad que tuvo en no procurar corregirse en tiempo. Pero si escapa de la justicia de los hombres,

jamas escapará de la de Dios: los indispensables remordimientos de su conciencia le despedazarán noche y dia, y siempre le perseguirá el cadáver de la desgraciada víctima de su furor. Escuchad acerca de esto un hecho histórico, que os probará quan peligroso es dexarse arrebatar de unos impulsos que nos privan del uso de la razon.

"*Alexandro*, rey de Macedonia, reunia varias qualidades excelentes que le hiciéron merecedor del sobrenombre de *Grande*; pero sus pasiones, que no siempre supo vencer, empañáron mucho el brillo de su gloria. No os referiré sino uno de sus defectos, que hace al caso á nuestro intento. *Clito* era su mejor amigo, y habia merecido este título por su gran zelo, y sobre todo por haberle salvado la vida en un combate. Alexandro se habia portado siempre con él como un rey justo y un verdadero amigo; pero un momento de furor le hizo olvidar su propia generosidad, y la fidelidad de Clito. En un banquete donde se hacia el elogio de *Filipo*, padre de Alexandro, tuvo éste el descaro de querer pa-

sar por superior á su padre: esta vanidad, que no habria sido ridícula, si no hubiera nacido en el corazon de un hijo, desagradó á Clito, y cometió la imprudencia de manifestarlo: digo la imprudencia; ¿por que á que sirve el querer corregir á los hombres en el momento que la leccion no puede hacer otra cosa que exâsperarlos? Quando la prudencia guia nuestro zelo, aguarda la ocasion favorable. Alexandro acalorado ya con el vino, no pudo sufrir la menor palabra que ofendiese su orgullo; levántase furioso, amenaza á Clito; y fuera de sí, despues de algunas palabras que todavía se escapaban de la boca del demasiado severo cortesano, se abalanza á él, y le pasa el corazon con la espada. Esta accion cruel llenó de asombro á todos los espectadores, y hasta al mismo Alexandro; la sangre de Clito le hizo acordar que la que habia derramado era la de su mas fiel y mas sincero amigo. Animado entónces de un furor diferente, quiere volver contra sí mismo el arma criminal, y apénas los que le rodeaban pudiéron contenerle el brazo. Se arroja entónces

sobre el cuerpo de Clito, lo abraza tiernamente, le llama como si pudiera oirle, se trata él mismo de hombre feroz; y teñido de la sangre de su amigo, se revuelca en el suelo, y no quiere oir palabra alguna de consuelo de las que le decian sus cortesanos. De este modo, por un solo momento de furor, el mayor rey de su tiempo se hizo el ente mas miserable, y dexó á su memoria una mancha que no puede borrar toda su gloria."

Reflexionad, hijos mios, que Alexandro cometió este asesinato en medio de una comida, en la qual habia bebido mas de lo que un hombre razonable debe permitirse. Puede ser que si se hubiera hallado fresco, hubiera perdonado á Clito, pues otros muchos actos de moderacion que se le observáron en otras circunstancias dan lugar á creerlo. Por este exemplo podreis juzgar, hijos mios, ¡quan temible es el dexarse arrastrar de las pasiones! Tan peligrosa es la del vino como la de la cólera, y aun tiene otras nulidades mas: pues á parte de los excesos á que puede inducirnos, arrastra al hombre á muchos

vicios, y acaba por destruir su salud: siendo de creer que por semejantes excesos solo vivió Alexandro treinta y dos años: varios historiadores son de este sentir; pero otros pretenden que murió envenenado.

Ya habeis visto lo que puede la cólera. Yo no os hablaré, hijos mios, de los delitos cometidos por una venganza largo tiempo meditada, ó por el culpable deseo de apoderarse de los bienes agenos. El hombre que hiere ó mata en un momento de furor, tiene á lo ménos la disculpa de que una cólera violenta priva de la razon; pero el miserable que despues de mucho tiempo piensa en el crimen que debe vengarle, es un verdadero monstruo. En quanto al que asesina para despojar á su víctima, es un malvado exêcrable á todos los hombres, y regularmente perece en un cadahalso. Apartemos la vista de fieras tan atroces: vuestras almas, todavía puras, ni aun imaginan semejantes horrores.

Hijos mios, acordaos en todo tiempo y ocasion de que vuestros semejantes son, así como vosotros, la obra de Dios, y de que jamas os es permitido

poner la mano sobre ellos: sobre todo tened cuidado de que vuestra fuerza no os empeñe en abusar de ella contra el mas débil; porque eso sería entónces una baxeza digna del mas profundo desprecio.

PAULINO.

Quiero haceros una pregunta. Si alguno me ataca, ó por golpearme, ó por matarme, ¿tengo yo entónces derecho de hacer lo mismo con él, si puedo?

EL PADRE.

En ese caso, una justa defensa es la que os hace valeros de vuestras armas; y los golpes que dais no se os pueden imputar á delito. Sin embargo, si podeis defenderos con ménos violencia, hacedlo, pues es un acto muy generoso y muy cristiano no volver mal por mal; sobre todo, hijo mio, evita el quitar la vida, porque por legítima que sea la defensa, es cosa cruel tener que acordarse de que se ha dado la muerte á un semejante. No obstante, si no hallas otro medio de salvar tu vida, es menester resolverse á ello, pues estás obligado á hacerlo, porque la ley na-

tural nos manda velar sobre nuestra propia conservacion; y si es mas justo que caiga el desalmado que ataca, tambien es mas útil á la sociedad que se salve el hombre honrado.

No hacer mal al próximo en sus bienes.

EL PADRE.

Tan prohibido es perjudicar al próximo en sus bienes, como en su persona; y la razon porque no debemos hacerlo, es porque no querriamos que nos sucediese á nosotros igual desgracia. No me detendré en deciros que no debemos robar á otro su dinero, porque sé que el solo nombre de ladron os inspira horror; pero os advertiré que hay muchas gentes que no hacen escrúpulo de tomar pequeñas cosas, creyendo erradamente que por eso no son culpables. Que se tome poco ó mucho, no importa; pero desde que se toma, sea lo que fuere, ya es uno un verdadero ladron; y por regla cierta, aquel que toma una cosa pequeña diciendo, ¿que pueden hacerme por tan corto objeto? Tomaria mas, si tuviera certeza de que

no le sucediera cosa desagradable. Un hombre honrado no roba nada, no porque tema el castigo, sino porque sabe que es una accion reprehensible.

Vosotros mismos, hijos mios, puede ser que hayais caido en la falta de las gentes poco escrupulosas; sin duda os habeis apoderado alguna vez, sin reflexîon, de los juguetes de vuestros amiguitos, y jamas os habeis tenido por ladrones; y sin embargo lo erais, porque tomabais lo que no era vuestro; de ningun modo podiais creeros inocentes porque sabiais muy bien que afligiriais obrando así á vuestros amiguitos. ¿No llorabais? ¿No os quejabais vosotros mismos quando os habian quitado alguna cosa?

Del mismo modo tambien no hacen escrúpulo los muchachos de tomar las frutas de los jardines y huertas agenas. Sin embargo, fuera del robo, por lo que se hacen culpables, deben ademas echarse en cara el motivo de esta mala accion, que es la golosina. Algunas veces acontece que los frutos que van á robar son de gentes pobres, de lo que resulta que privan á aquellos desgra-

ciados de una parte de lo que debia socorrer su miseria.

No es esto todo; estos hurtos que ellos creen de tan poca importancia, los acostumbran insensiblemente á robar: les hacen perder aquella delicadeza de sentimientos que deben tener en todas sus acciones, y los hacen, sino siempre ladrones decididos, á lo ménos gentes de mala fe, y bribones que acechan continuamente la ocasion de perjudicar á los otros sin riesgo alguno.

¡Guardaos mucho pues, hijos mios, de no tomar jamas lo que no os pertenece! El bien ageno es un objeto sagrado, y la religion y la razon nos obligan á respetarle. Tened presente que para robar no basta decir: nadie lo sabrá; vosotros lo sabeis, sí, vosotros, y por lo mismo sereis criminales á vuestros propios ojos; Dios lo sabrá tambien, porque nada se le esconde, y es el juez de las acciones mas ocultas.

Léjos de robar á nadie nada, sed mas bien dadivosos para impedir con el bien que haceis que el ageno no sea tal vez objeto de alguna injusticia. Quando os

halleis en una situacion tal que vuestra propiedad ó la de vuestro vecino deba por vuestra misma decision ser perdida, no vacileis: sufrid vosotros la pérdida con valor. Voy á presentaros sobre esto un hecho que siempre agradará á las bellas almas.

"Un labrador de la isla de Córcega, en tiempo que la guerra afligia aquel pais, fué despertado muy de mañana por unos húsares, los quales le ordenáron les indicase un sembrado para dar forrage á sus caballos. Este les dixo al instante que le siguiesen, y los conduxo por entre diferentes trigos y cebadas á una haza de esta. ¿Y por que, le dixo el xefe de aquel destacamento, nos habeis traido tan léjos, quando mucho mas cerca habia ya lo que necesitábamos? *Los sembrados que hemos visto*, respondió el labrador, *no son mios, y por lo mismo no tenia derecho alguno de indicároslos: este es mio, y tomad de él lo que necesiteis.*"

No necesito, hijos mios, haceros conocer quan bello es este rasgo de probidad. Este honrado labrador hubiera podido indicar el primer sembrado que

se hallaba en aquellas inmediaciones; pero ir á señalar el suyo es una virtud sublime.

FELÍCITAS.

Antes de pasar á otro asunto tened, padre mio, la bondad de decirnos, ¿si una bolsa ó un objeto precioso hallado en parage donde no es posible adivinar quien lo ha perdido, puede pertenecer sin injusticia al que lo ha encontrado?

EL PADRE.

No, hija mia, porque no se ha hecho nada para ganar este objeto ó este dinero, y el que lo ha perdido no lo ha renunciado. En este caso, como en todos los otros, es menester juzgar por otro, como uno juzgaria por sí mismo: la pérdida nos aflige, porque nos priva de muchas cosas; y nos hallamos muy contentos quando nos vuelven lo que habiamos perdido; y así es preciso quando se encuentra alguna cosa informarse al instante de si alguno la ha reclamado: tambien es necesario hacer saber uno mismo, en quanto sea posible, que nos hemos hallado un objeto

de cierta clase, á fin de que el dueño sepa á quien debe dirigirse; la sola reserva que es preciso tener, es no indicar enteramente la prenda encontrada, por miedo de que algun pícaro venga á reclamarla ántes que su amo. Voy, siguiendo mi costumbre, á contaros un hecho que os hará conocer mejor cómo un hombre de probidad debe obrar en este caso. "En 1728 *Teing-Tey*, mercader de la provincia de Chensi en la China, iba á Monstings á comprar algodon; llevaba una bolsa con 170 pesos duros; la perdió en el camino junto á la montaña llamada Songkia, y continuó su viage. Al dia siguiente por la mañana un pobre labrador, nombrado *Chi-Yeou*, fué á trabajar á aquel parage, y se encontró la bolsa: permaneció allí todo el dia esperando que alguno fuese á reclamarla, pero nadie pareció. De vuelta á su casa por la noche manifestó á su muger aquel hallazgo. *¡O!* dixo esta, *no se puede guardar este dinero, porque no es nuestro; mas quiero vivir pobre que retener el bien ageno; procura descubrir mañana quien ha per-*

dido esta bolsa, y no dexes de entregársela.

Teing-Tey habia puesto en las puertas y encrucijadas de la villa varios carteles indicando lo que habia perdido, y suplicando al que lo hubiese hallado se lo volviese, en la inteligencia de que le daria la mitad por el hallazgo. Noticioso de esto el labrador, fué á casa del capitan del quartel, diciéndole que él habia hallado la bolsa, y que hiciese decir al mercader fuera á su casa, para asegurarse por sus respuestas de que la bolsa era suya. El mercader fué en efecto, y Chi-Yeou quedó convencido de que la bolsa era suya. Ofrecióle la mitad, segun lo habia prometido; pero no quiso admitirla. El mercader separa entónces 85 pesos, y quiere dexárselos; mas tampoco quiso recibirlos. El mercader toma otro partido para manifestar su reconocimiento, qual fué el poner en un lado 107 y en otro 63. Confiesa que ha tomado prestados 170, pero que los 63 le pertenecen, y ruega con las mayores instancias al labrador que los acepte. *No*, dixo, *Chi-Yeou, yo no*

tengo mas derecho á la segunda cantidad, que á la primera: llevaoslo todo supuesto que todo es vuestro."

Esta accion fué generalmente aplaudida, y el gobernador de la villa dió cuenta de ella al virey de la provincia. Este envió al instante 50 onzas al labrador, y le dió una tablilla (en la China ponen sobre las puertas de las casas estas tablillas), en la qual estaban escritos quatro caractéres que significaban: *marido y muger ilustres por el desinteres y la generosidad.* Y varias copias de esta bella accion se publicáron en toda la provincia. El gobernador de Mung-Teing tuvo órden de levantar junto á la casa del labrador un monumento que conservase la memoria de este hermoso rasgo. El emperador movido por la relacion que de él le hizo el virey, hizo dirigir una instruccion moral á todos sus pueblos, exhortándolos en términos patéticos á practicar la virtud: *y por lo que hace al labrador Chi-Yeou*, dixo aquel príncipe, *yo lo hago mandarin de séptimo órden; y tendrá el derecho de llevar su vestido y su gorro: ademas le doy*

100 onzas de plata para manifestar quanto aprecio y estimo su rectitud, y para excitar á los otros á imitar su exemplo."

Hijos mios, la conducta de este generoso chino debe serviros de leccion; y la recompensa que le valió prueba que la virtud agrada á todos los hombres y á todos los paises.

FELÍCITAS.

Pero, padre mio, si el labrador hubiera aceptado la recompensa que el mercader le ofrecia, ¿habria hecho mal?

EL PADRE.

No, hija mia: el dinero que le daban hubiera sido adquirido legítimamente; y por haberlo aceptado no hubiera sido ménos hombre de bien, supuesto que tuvo cuidado de devolver la suma luego que supo á quien pertenecia: un mal hombre en su lugar hubiera arrojado la bolsa, y guardado el dinero que contenia: y entónces ¿quien habria descubierto el hecho? nadie por cierto; y así el labrador fué un verdadero hombre de bien; pero rehusando

la recompensa prometida se manifestó perfectamente generoso. Fué, como si dixera: recoger una bolsa que se encuentra en el camino, no merece ganar ochenta y cinco duros: y entregársela á su dueño es una cosa tan justa y tan natural que no merece recibir cosa alguna por ello.

FELÍCITAS.

¡Oh! yo confieso que esta generosidad es admirable, y yo quiero al emperador de la China, por no haberla dexado sin recompensa.

PAULINO.

Hagamos otra suposicion: si el labrador, despues que encontró la bolsa no hubiera podido descubrir jamas quien la habia perdido, ¿que hubiera debido hacer?

EL PADRE.

Siendo tan generoso como era, es de creer que habria distribuido el dinero entre los que eran mas pobres que él. Esto es lo que debe hacer en igual caso todo hombre de bien que no se halla necesitado: el pobre puede aplicarlo á

sus necesidades, porque es justo socorrerse uno á sí mismo ántes que socorrer á los demas, siempre que pueda hacerse de un modo irreprehensible. Pero aquel que está bien y guarda para sí una suma encontrada, despues de haber dado todos los pasos posibles para descubrir el dueño, es un hombre duro, que no procura aliviar los trabajos de otro, ó un hombre codicioso que creeria no tener jamas lo suficiente; y su conducta no sería aplaudida por cierto de las gentes de bien. Todavía voy á contaros una historia muy interesante sobre este asunto.

"Un zagal llamado *Perico* habia nacido en Bretaña en un lugar cerca de Vitré: pobre y sin padres, á quienes no conoció, vivia de limosna: aprendió la doctrina cristiana, y á leer y escribir, y su educacion no se extendió á mas. A la edad de quince años entró á servir en un cortijo, donde le aplicáron á guardar el ganado. *Luisilla*, jóven labradora de aquellas inmediaciones, se empleaba al mismo tiempo en cuidar del rebaño de su padre. Esta le conducia á pastar á parages donde veia

con freqüencia á Perico, el qual la servia y agasajaba en quanto lo permitian su edad y su situacion. La costumbre de verse, sus ocupaciones, su bondad recíproca y sus recíprocos cuidados los uniéron muy estrechamente: y Perico se propuso pedir á Luisilla á su padre para casarse con ella. Díxoselo primero á esta, y consintió en ello; pero ella no quiso hallarse presente á esta peticion. Al dia siguiente debia ir á la villa, y suplicó á Perico aprovechase aquella ocasion para su intento, y que viniese á verla por la noche, y contarla cómo habia sido escuchada su proposicion.

En efecto, al tiempo señalado fué Perico á casa del padre de Luisilla, y le declaró con franqueza que amaba á su hija, y que querria casarse con ella. ¡Tú quieres á mi hija! le dixo agriamente el viejo: ¡tú quisieras casarte con ella! ¿y como piensas en eso Perico? ¿Como te compondrás? ¿Tienes vestidos que darla, una casa para recibirla, y algunos bienes para mantenerla? Tú estás sirviendo, y no tienes nada; Luisilla no es muy rica para man-

tenerse ella y mantenerte á ti. Perico: nadie debe pensar en casarse sin tener ántes con que mantener sus obligaciones. Yo tengo brazos, le respondió este, soy fuerte y robusto, y jamas falta trabajo quando se gusta de él; ¿y que no haré yo quando se trate de mantener á Luisilla? Hasta ahora he ganado cien escudos cada año, y tengo ahorrados veinte, con los quales habrá para los gastos de la boda: yo me aplicaré mas al trabajo; juntaré algun dinero: arrendaré algunas tierras, como lo han hecho los mas ricos labradores de nuestro lugar en sus principios, y con el tiempo, mediante Dios, podré llegar á verme como ellos. Muy bien, le dixo el viejo, tú eres jóven, y puedes esperar todavía: hazte rico, y mi hija será tuya; pero hasta entónces no me vuelvas á hablar de este asunto.

Perico no pudo obtener otra respuesta: fué á buscar á Luisilla, y presto la encontró, porque le esperaba con impaciencia: vióle triste, y luego conoció que venia á darla malas nuevas de su empresa; y ántes que la dixese lo que habia ocurrido, le preguntó: ¿Te ha

desechado mi padre? ¡Ah! Luisilla, la respondió, ¡quan desgraciado soy por haber nacido pobre! Pero no he perdido las esperanzas: mi situacion puede cambiar y mejorar; y entre tanto ¿que no haré yo para conseguir tu mano? No desmayes, que algun dia querrá Dios que nos veamos unidos; consérvame tu corazon, acordándote de que tú me lo has dado ya, y que solo debe ser mio por lo mismo.

Hablando de este modo se estaban siempre en el camino de Vitré; pero entrando mas la noche se retiraban á su casa muy de priesa: Perico, ántes de llegar á ella, tropezó y cayó: al levantarse quiso exâminar en qué habia tropezado, y vió que era un saco muy pesado, el qual recogió al instante, y con la curiosidad de saber y exâminar lo que contenia, entró con Luisilla en un bosquecillo, donde aun ardian algunas raices, á las quales habian pegado fuego aquel dia los labradores. Aunque la luz era escasa, sin embargo abrió Perico el saco, y distinguió en él bastante oro. ¡Que es lo que veo, exclamó Luisilla! que tambien lo habia distin-

guido: ¡ah! Perico, tú eres ya rico. ¿Como? Luisilla, la dixo, ¿con que yo podré poseerte? ¡Me habrá enviado el cielo, favorable á nuestros deseos, con que satisfacer á tu padre, y hacernos felices! Esta idea llenó sus almas de alegría; contemplan y exâminan con ansia aquel tesoro, y despues de haberse mirado recíprocamente con ternura, marcháron presurosos á manifestárselo al padre. Ya se hallaban inmediatos á la casa de este, y Perico se detuvo, diciendo á Luisilla: nosotros esperamos ser felices con este oro; pero por ventura ¿es acaso nuestro? Tal vez lo ha perdido, y sin duda será así, algun caminante: la feria de Vitré acaba de concluirse, y algun mercader que volvia de ella á su casa habrá tenido esta desgracia. ¿Y será justo que en este momento nos entreguemos á la alegría, quando debemos considerar la pesadumbre con que estará el infeliz que ha perdido su dinero? ¡Ah! Perico, le dixo Luisilla, tu reflexîon es tan justa como terrible; ¿podremos disfrutar de semejante bien, estando su dueño en la mayor afliccion? *La casualidad*

nos le hizo encontrar; pero el retenerlo es un robo. Tú me haces temblar, la respondió Perico. Nosotros íbamos á llevárselo á tu padre: este nos hubiera hecho dichosos; ¿pero puede uno serlo causando perjuicio á otro? Vamos, vamos á ver al señor rector (así llaman los bretones á sus curas) que me ha favorecido siempre mucho, y nada debo hacer sin su consejo.

El rector estaba en casa: Perico le entregó el saco que se habia hallado, y confesó que desde luego lo habia mirado como un presente del cielo: no le ocultó la amistad que profesaba á Luisilla, y el grande obstáculo que era su pobreza para unirse á ella. El rector le escuchó con bondad: mira á uno y otro: su proceder le enterneció, viendo todo el ardor de su ternura, y admira la probidad con que procede; y así no puede ménos de aplaudir una accion tan superior y tan honrada. Perico, le dice, conserva siempre los mismos sentimientos, y el cielo te bendecirá: nosotros hallaremos el dueño de este dinero, y él recompensará tu probidad; yo añadiré algunos ahorros mios, y poseerás

á Luisilla. Yo me encargo de obtener el consentimiento de su padre: vosotros mereceis ser el uno para el otro: si el dinero que depositas en mis manos nadie lo reclama, es un bien que pertenece á los pobres; tú lo eres, y creeré seguir las órdenes del cielo entregándotele, supuesto que ha dispuesto ya de él á favor tuyo.

Los dos jóvenes se retiráron satisfechos de haber cumplido con su obligacion, y contentísimos con las dulces esperanzas que les daban. El rector hizo publicar en su parroquia el saco hallado, y en seguida en Vitré y en los demas pueblos vecinos. Varios hombres codiciosos se presentáron; pero ninguno dió señas ni de la cantidad ni de la especie de moneda, ni aun del saco que la contenia.

En este entretiempo no olvidó el rector que habia prometido á Perico no olvidarse de su felicidad: en consequencia le proporcionó una pequeña heredad surtida de animales y de todos los apéros necesarios para la labranza; y dos meses despues lo casó con Luisilla. Los dos esposos viéndose en el col-

mo de su felicidad diéron á Dios y al rector las mas humildes gracias. Perico era laborioso. Luisilla atendia á los cuidados de la casa; ámbos eran exâctos en pagar al propietario de la heredad lo que debian, y aunque vivian en una mediocridad eran felices.

El dinero perdido no hubo quien lo reclamase en dos años; el rector juzgó no debia esperarse mas, y se lo entregó á estos esposos virtuosos que él habia unido. Hijos mios, les dixo, gozad de este beneficio que debeis á la providencia divina, y jamas abuseis de él: esos doce mil francos (ó quarenta y ocho mil reales) estan actualmente sin producir nada: vosotros podeis hacerlos valer; si por casualidad parece algun dia su dueño estais obligados á entregárselos, y así empleadlos en cosa que no disminuya su valor. Perico tomó el consejo, y viendo que aquella pequeña heredad estaba en venta se propuso el comprarla: su tasa excedia, aunque no mucho, á los doce mil francos; pero pagando en dinero contante, habia motivo para esperar el quedarse con ella: este dinero que él no miraba

sino como depositado, no podia emplearse mejor; y si el dueño parecia algun dia, no tendria de que quejarse.

El rector aprobó este proyecto, y la adquisicion se hizo muy en breve. El arrendador Perico, hecho ya propietario, dió mucho mas valor á sus tierras, porque cultivadas mejor, se hiciéron mas fértiles, y produxéron mas; y así vivia con aquella dulce satisfaccion que le producia el ver realizados sus deseos de hacer completamente feliz á su querida Luisilla. Dos hijos fuéron sucesivamente el fruto de bendicion de su dichoso matrimonio. Mirábanse ámbos como reproducidos en aquellas tiernas prendas de su amor. Perico, quando volvia de su trabajo veia á su esposa salirle al encuentro presentándole sus hijitos, á quienes acariciaba: el uno le enxugaba el sudor de la frente; luego probaba el otro si podia aliviarle del peso del azadon que traia. Su padre se sonreia viendo sus débiles esfuerzos, le acariciaba otra vez, y daba gracias al cielo que le habia dado una esposa tierna y unos hijos semejantes á ella.

Algunos años despues el anciano rector murió, y Perico y Luisilla lo lloráron, pensando enternecidos lo mucho que le debian. Este suceso les hizo hacer algunas reflexîones muy cristianas: ¡nosotros moriremos tambien, decian; nuestra heredad quedará á nuestros hijos; ella no es nuestra; si su dueño pareciese quedaria privado para siempre de lo que es suyo! ¡y nosotros llevariamos al sepulcro el bien ageno! Esta idea los inquietaba demasiado; y su delicada conciencia les hizo hacer una declaracion del caso, la qual depositáron en manos del nuevo rector, firmada por los vecinos mas notables del lugar. Esta precaucion, que juzgáron necesaria para asegurar una restitucion, á la qual creian obligados á sus hijos, los tranquilizó.

Diez años habia que se hallaban establecidos en su heredad los dos esposos. Un dia que Perico volvia de su trabajo á comer con su muger, vió pasar por el camino real dos hombres en una berlina, la qual volcó no muy léjos de él. Corrió al instante Perico á socorrerlos: ofrecióles los caballos de su carre-

ta para transportar los baules, y suplicó á los viajantes, que por fortuna no se habian lastimado, fuesen á descansar á su casa. ¡Este parage es bien funesto para mí! exclamó el uno de ellos; no puedo pasar por él sin experimentar alguna desgracia; aquí fué precisamente donde, hace doce años, que hice una pérdida considerable. Yo volvia, continuó, de la feria de Vitré; traia doce mil francos en oro, y en este sitio los perdí. ¿Como, dixo Perico, que le escuchaba con atencion, habeis descuidado el hacer diligencias para encontrarlos? Eso no me fué posible, le respondió, porque iba de priesa al puerto de oriente á embarcarme para pasar á las Indias; el tiempo estrechaba, y el barco que estaba pronto á dar la vela no me habria esperado. Yo no hubiera podido practicar diligencia alguna, tal vez inútil, sin retardar mi partida; y esta detencion me hubiera causado un perjuicio mucho mayor que la pérdida que habia hecho.

Este discurso sobresaltó á Perico, y redobló no obstante sus instancias, á fin de que los viajantes aceptasen el

asilo de su casa, que desde luego les habia ofrecido. Esta era la mas inmediata, y la mas aseada del lugar: cedièron á sus instancias los caminantes; Perico toma la delantera para enseñarles el camino, y muy luego encontró á su Luisilla que, segun su costumbre, salia á esperarle, á quien dixo fuese inmediatamente á preparar comida para sus huéspedes. Miéntras se disponia la comida, les dió Perico de refrescar, y hizo caer la conversacion sobre la pérdida de que uno de ellos se habia lamentado, y ya no le quedó duda alguna por las razones y señales que aquel presentaba, de que era á quien debia restituir el citado caudal. Al punto fué á buscar al nuevo rector, le cuenta lo que ha pasado, lo convida á comer con sus huéspedes, y hacerles compañía. El rector le sigue, y no puede ménos de admirar la alegría que tiene aquel honrado labrador de un descubrimiento que debe arruinarlo.

Al fin comen: y los caminantes satisfechos no saben cómo mostrarse agradecidos á la acogida que Perico les ha tenido; admiran su casita, su buen co-

razon, su franqueza, el ayre despejado de Luisilla, su candor, su actividad, y acarician mucho á sus hijitos. Perico, despues de la comida, les enseñó el resto de su casa, su huerta, sus ganaditos y animales; les hace relacion de sus tierras y productos; y en seguida, dice al primer viajante: todo esto es vuestro; el oro que perdisteis cayó en mis manos: y viendo que nadie lo reclamaba, compré esta heredad con la intencion de entregársela algun dia á su verdadero dueño: ella es vuestra, y si yo hubiera muerto ántes de encontraros, el señor rector tiene en su poder una declaracion en forma, que manifiesta perteneceros.

Sorprehendido el caminante, lee el escrito que el rector le entrega: mira á Perico, á su muger y á sus niños, y exclama: ¿donde estoy yo? ¡Y que es lo que escucho! ¡Que proceder! ¡Que virtud! ¡Que nobleza! ¡Y en que estado los encuentro! ¿Teneis otros bienes mas que esta heredad? le preguntó. No, señor, le respondió Perico; pero si vos no la vendeis, necesitareis un arrendador; y espero en ese caso, que

tendreis la bondad de preferirme á los demas. Vuestra probidad, le respondió, merece otra recompensa: doce años ha que perdí la suma que vos encontrasteis; despues de este tiempo Dios ha echado la bendicion á mi comercio, se ha extendido y ha prosperado: no me hizo falta mucho tiempo: y hoy esta restitucion no me haria mas rico. Vos mereceis esta corta fortuna: la providencia divina os la ha presentado, y sería ofenderla el privaros de ella: conservadla pues yo os la doy: guardadla; yo no la reclamaré jamas: ¡que hombre habria obrado como vos!

Al instante rasgó el escrito que tenia en la mano. Una accion tan bella, añadió, no debe quedar ignorada; y aunque no hay necesidad de un nuevo escrito para aseguraros mi cesion á vos, á vuestra esposa y á vuestros hijos &c.; pero no obstante haré que conste por escrito para perpetuar la memoria de vuestros honrados y cristianos sentimientos.

Perico y Luisilla se arrojáron á los pies de su bienhechor, el qual los levantó y abrazó tiernamente. Un escri-

bano que hiciéron venir al instante escribió este acto el mas noble y mas bello que en su vida habia extendido. Perico, llorando de ternura y de alegría, exclamaba: ¡hijos mios, besad la mano á vuestro bienhechor! Querida esposa, esta heredad es ya nuestra, y podemos disfrutarla sin temores ni remordimientos por la misericordia de nuestro Dios."

Los dos exemplos que acabo de proponeros bastan para enseñaros cómo debierais portaros si os hallarais en una ú otra circunstancia. Pasemos á otro modo de hacer mal al próximo, que es necesario evitar igualmente con el mayor cuidado.

No hacer mal al próximo en su honor.

EL PADRE.

A muchas gentes causa horror la idea de quitar á otro la mas pequeña cosa, y no hacen el menor escrúpulo de decir de él todo lo malo que saben, y hasta de lo que no tienen certeza alguna, sin reflexionar que la *detraccion* causa todavía mas perjuicio que el robo, y

que la *calumnia* es un delito casi tan grande como el homicidio. Antes de pasar adelante, tú, Paulino, haznos ver quál es la diferencia que hay entre *murmurar* y *calumniar*.

PAULINO.

Murmurar, es decir lo malo que se sabe de alguno, y hacerlo presente con mala intencion á los que lo ignoran: esta es ordinariamente la ocupacion de las personas que no tienen caridad. *Calumniar*, es mayor delito, pues se reduce á inventar contra alguno el mal que no ha cometido, y esparcirlo con la intencion de quitarle el crédito; por lo que es un gran crimen.

EL PADRE.

Ahora voy á haceros patente el peligro que hay en *murmurar* y *calumniar*. Escuchad pues la historia del desgraciado Jorge.

"Jorge era un pobre hombre que ganaba su vida haciendo varias comisiones, para lo qual es necesario tener prudencia, inteligencia y discrecion. Jorge reunia todas estas qualidades, y

por lo mismo estaba muy ocupado en el quartel del pequeño pueblo donde residia, de lo que le resultaba la satisfaccion de poder mantener honradamente á su familia. Así habria pasado sus dias tranquilos, si no hubiera sido por un vecino suyo zeloso, agente como él, que queria arrebatarle sus negocios. Este mal vecino, que llamaban Roberto, viendo que los medios que habia empleado para hacerle perder la confianza que de él hacian, habian sido infructuosos, trató de publicar algun defecto que tenia. Jorge no aborrecia el vino, y algunos tragos bastaban para trastornarle la cabeza; pero este defecto no le impedia el cumplir con sus obligaciones, ni lo inducia á hablar mas de lo que era necesario, y tambien tenia mucho cuidado de no entrar en taberna alguna hasta haber evacuado todas sus comisiones. El envidioso lo sabia muy bien; pero sin tratar de disculparle, se contentaba con decir á todos que Jorge gustaba de beber, añadiendo, que este era un vicio muy perjudicial, principalmente en un comisionado; porque ademas de no hacer

bien lo que se le encarga, puede charlar lo que se le dice en secreto. El tal Jorge, añadia, tiene un vicio que le perjudicará mucho.

A fuerza de repetir estas palabras, logró que le escuchasen: observáron entónces que Jorge manifestaba de tiempo en tiempo haber bebido mas que era razon, y así empezáron á desconfiar de él, á darle ménos que hacer: el envidioso ganó en ello, y continuando con el mismo manejo, reduxo á su infeliz vecino á no tener nada que hacer.

Desesperado Jorge por haber perdido la confianza de las personas que hasta entónces le habian hecho vivir, tomó la resolucion de no beber mas, y lo cumplió. Este esfuerzo no fué conocido de nadie, y solo el envidioso, que lo supo, tuvo buen cuidado de callarlo. En fin, viendo este desgraciado á su familia en la última miseria, se mudó á otro barrio, en el qual prosperó algo; pero la reputacion que Roberto le habia quitado no tardó en seguirle.

Ved aquí una prueba de lo que puede la murmuracion: llevadla á todas las clases de la sociedad, y la vereis

producir el mismo mal. Prosigamos la historia del pobre Jorge.

Este infeliz tuvo un dia la desgracia de hallarse ocupado en una casa, donde echáron ménos una alhaja. Como nadie habia entrado en ella sino Jorge sospecháron que éste la habia robado; pero no pudiéndoselo probar, no por eso dexáron de creerlo culpable. El envidioso Roberto noticioso de ello, no pudo ménos de exclamar: ¡bien habia yo dicho que el vicio de Jorge le perjudicaría mucho! Para ir á la taberna es menester dinero; y quando no se gana lo suficiente, se roba. Su maledicencia hizo que se tuviera por un hecho cierto lo que no pasaba de una simple sospecha; y siguiendo su costumbre, dixo por todas partes que Jorge habia robado una alhaja preciosa: tanto lo aseguró que fácilmente esta calumnia se tuvo en todo el pueblo por una verdad, diciéndose sin rebozo que Jorge era un ladron.

Oyendo estos rumores las personas que habian perdido la alhaja, creyéron haber descubierto algo, y que sus sospechas no tardarian en verificarse; y

como la reputacion de Jorge era ya mala, le hiciéron arrestar, y permaneció mucho tiempo en la cárcel, como que no podia justificarse; mas al fin pareció la alhaja, sin lo qual lo habria pasado mal. Declarado pues inocente, le diéron una pequeña suma por via de indemnizacion; pero durante el arresto, su familia habia contraido deudas: procuró pagarlas, y volvió á quedar tan pobre como ántes; y aunque se presentó otra vez solicitando comisiones, nadie quiso ya dárselas. Los hombres por desgracia son mas bien inclinados al mal que al bien, y la mas débil apariencia les basta para formar una especie de sospecha. Se acordaban de la prision de Jorge, de lo que habian dicho de él, y así conservaban de su persona una opinion poco favorable. El desgraciado Jorge llegó por último á verse reducido á la mas profunda miseria, y sus hijos á pedir una limosna: entónces los despreciaban mas, diciendo, véase como prosperan; ellos quisiéron hacer mal, y el mal ha dado con ellos.

En fin, el pobre Jorge al verse sin

recurso alguno, y agoviado con el peso de una humillacion injusta, cayó malo, y murió abandonado de todo el mundo, como debia morir el criminal mas decidido. Estos fueron los efectos de la *murmuracion* y de la *calumnia*."

FELÍCITAS.

¡O Dios mio, y que pintura tan horrible!

EL PADRE.

Es cierto, hija mia, *jamas se dice mal de una persona sin hacerla un gran daño*. Tened pues mucho cuidado con lo que hablais. No tengais aquel prurito peligroso de divulgar las faltas que veis en los otros. Vosotros las teneis tambien; y así tened con las demas la indulgencia que necesitais vosotros mismos. Sabed que aunque sean escuchadas las gentes murmuradoras, siempre se las desprecia; y sobre todo se las teme porque se está seguro de que apénas se han separado de nuestra compañía quando marchan á hablar mal de nosotros á otra casa. Los calumniadores son aborrecidos; y quando son convencidos de tales en los tri-

bunales, se les castiga con penas infamantes.

PAULINO.

Si por casualidad supiera yo que una persona habia cometido una accion perjudicial contra alguno, ¿deberia decirlo?

EL PADRE.

Sí, porque todo lo que es contra las leyes de la sociedad no debe colocarse en la clase de aquellos defectos, por los quales debe tenerse la mayor indulgencia. El silencio mismo, en este caso, sería una falta grave; y si se tratraba de un crimen, os hariais, con vuestro silencio, cómplice del mismo delito.

PAULINO.

Permitidme os haga todavía otra pregunta: si una persona que tuviera confianza de mí, me preguntase acerca de alguno que yo conociese, del qual quisiera servirse, ¿deberia decirle todo lo que supiese de él?

EL PADRE.

Sí, hijo, lo bueno y lo malo. Voy á hacerte ver la necesidad que hay de

obrar así por una suposicion. Un amigo tuyo quiere colocar cierto dinero en casa de una persona que llamaremos *Guillermo*, porque lo tiene por hombre de probidad; sin embargo, viene á preguntarte ántes, qué te parece el tal Guillermo, á quien conoces desde mucho tiempo: y te confia la intencion que tiene de entregarle aquella suma. Tú sabes que Guillermo, aunque muy nombrado, no tiene sus negocios en el mejor estado: que es un gran jugador, que su riqueza es aparente, y por conseqüencia estás cierto en que tu amigo perderá su dinero si se lo entrega; sin embargo no te determinas á decirle lo que piensas, temiendo agraviar á Guillermo. ¿Crees por ventura que esta es una delicadeza de parte tuya? No hijo, es timidez, y una debilidad culpable. Tu amigo, que solo te ha oido hablar bien de Guillermo, le ha entregado su dinero, y lo ha perdido efectivamente. Desde entónces te tiene por hombre de mala fe; te aborrece, y tú no tienes que alegar para justificarte. No hay necesidad de hablar de los vicios de otro; pero quando se trata de impedir que un

hombre de bien sea sacrificado en su persona ó en sus intereses, se cumple con su obligacion descubriéndoselos.

Acabo de decirte, que léjos de divertirse denigrando á los otros, es necesario acostumbrarse á una mútua indulgencia: esto me conduce á decir alguna cosa sobre esta indulgencia recíproca.

Es menester soportar mútuamente los defectos.

EL PADRE.

Nosotros somos todos imperfectos, y por esta razon debemos tener indulgencia entre nosotros. ¿Con que derecho querriamos nosotros que nos disimulasen nuestros defectos, si no quisieramos disimular los de los otros? El que pretendiese que todo el mundo se erreglase á su modo de ver y de sentir, aunque fuese el mas razonable por otra parte, sería precisamente el hombre mas insoportable; ni exîstiria reunion alguna de hombres si en ella no reynase una especie de indulgencia recíproca.

Aguanta pues, y calla lo que te incomoda, y no puedes remediar: esto es lo mejor que tienes que hacer para los otros y para ti. Por lo comun se detestan y se evitan aquellas gentes que siempre estan dispuestas á esparcir lo que no les agrada en los otros: estos son ordinariamente espíritus orgullosos que se creen superiores á los demas, y que valen mas que ellos. ¡Guárdate mucho de no contraer un vicio tan odioso!

FELÍCITAS.

Sin embargo, ¿si por hacer á propósito una advertencia consiguiera yo que alguno se corrigiese de sus defectos, deberia hacerlo?

EL PADRE.

Sí, en ese caso debias hacer esa advertencia; pero como esas especies de curas son muy raras, es preciso aprovechar los remedios; esto es, que no se debe aconsejar indiscretamente quando los consejos son mal recibidos. Si una persona te interesa, si la crees bastante dócil para corregirse, y si lo necesita, llámala á parte, háblala con

dulzura, no ofendas su amor propio, y dila: tal defecto puede perjudicaros, no lo contraigais. Obrar de otro modo es errar el golpe. Quando alguno nos reprehende con aspereza, ó con demasiada ligereza, nuestro amor propio se exâspera. Pensamos que es envidia de su parte, y la leccion se pierde.

Es menester, sobre todo, sufrir con paciencia las enfermedades de otro; esta no es una simple tolerancia, sino una obra de misericordia. Es una verdadera crueldad el huir de aquellos que se hallan afligidos con algun mal, porque es añadir á los dolores fisicos una pena moral, aun mas insoportable todavía; y así ten con ellos la mayor paciencia y la mayor dulzura.

Otro vicio de aquellos que tienen mal corazon, es el alegrarse del mal que sucede á sus semejantes. Si alguno tropieza y cae, rien á carcajadas; y he visto á algunos que lo hiciéron así, al referirles que un conocido habia muerto. Los insensibles parece se complacen en hacernos ver lo poco que valen. Esta es una venganza que nos ofrecen de ellos mismos; porque al instante los

despreciamos. Otros ven un jorobado, un tuerto, un coxo, y al punto los insultan, los atormentan, y los ridiculizan. Pero, miserables, si el cielo os hubiera hecho á vosotros como lo hizo á ellos, ¿os agradaria que os tratasen de ese modo? Sin duda que no; pues bien, compadeceos del mal ageno. Una enfermedad no es un vicio, sino una afliccion para quien la padece, ¿y querreis hacerle todavía mas desgraciado? ¡Ah! hijos mios, no os degradeis jamas con semejantes burlas; no altereis jamas la dulce sensibilidad de vuestros corazones: aliviad á los que sufren, y consoladlos si otros los afligen. Las burlas pesadas hacen á veces reir un instante; pero tienen malas conseqüencias: evitadlas pues, hijos mios, así os estimarán, y lo que es mas, os hallareis contentos de vosotros mismos.

No humillar á nadie.

EL PADRE *prosigue.*

El mismo principio de moral y de humanidad debe impedirnos el humillar á quien quiera que sea. Este principio

es mas severo; porque burlarse de la desgracia agena suele provenir algunas veces de una cierta ligereza de espíritu; pero el orgullo que nos induce á humillar á los otros, dimana necesariamente de un mal corazon.

Pero nada hay mas baxo ni mas cruel que buscar motivos y ocasiones de humillar á quien ya humilló demasiado la fortuna; esto es atacar á un infeliz de quien nada se teme, y hacer conocer mas y mas á un desgraciado su triste situacion. Evitad este horrible defecto, hijos mios. Acordaos que todos los hombres son hermanos, y que aquel que quiere abatir á otro, ofende las leyes de la naturaleza, y obra contra la voluntad de Dios mismo. Sed, por el contrario, buenos y humanos con todo el mundo; elevad con vuestra conducta al pobre á sus propios ojos: esto es inspirarle una idea mas favorable de sí mismo, é impedirle que se degrade. Si la fortuna os favorece, tened presente que vuestras palabras honradas serán, en algun modo, como beneficios para aquellos á quienes haya abatido, los quales os vivirán agradecidos; porque

acostumbrados á los desprecios de los otros, llegarán á creer que esta conducta es una generosidad de vuestra parte para con ellos: por lo mismo os los hareis afectos, y esta regla de moral, así observada, os procurará unos amigos verdaderos.

En la sociedad de vuestros iguales procurad tambien no irritar el amor propio de otro: si no tuvierais tan buen corazon, que este precepto os pareciera desde luego una obligacion, yo mismo os empeñaría á que le siguieseis por vuestro propio interes. No olvideis que cada vez que querais mortificar á los otros, estos se complacerán en mortificaros á su vez. Ved aquí un exemplo, entre mil, de esta verdad.

"Un jóven cantaba muy mal, y era tan prudente que jamas dexaba oir su voz; otro jóven, que gustaba de mortificarle, lo empeñó para que cantase en una sociedad: desde luego se excusó éste con muy buen modo; pero el otro insistió en ello ponderando con malignidad su habilidad. Varias personas se empeñáron tambien en el asunto, creyendo que el excusarse era efec-

to de su modestia; en fin, el pobre cantor se vió obligado á cantar, y lo hizo, como era regular, malísimamente. El buen burlon se reía; pero su satisfaccion no duró tanto como esperaba. Una mañana el desgraciado cantor deseoso de vengarse entró en casa de aquel, sacó una pistola bien cargada, y le dixo: vos me hicisteis cantar, y ahora es preciso que bayleis, ú os levanto la tapa de los sesos. Una intimacion semejante lo aterró; y como en el tono que la acompañaba vió que le hablaba muy seriamente, quiso mas bien danzar que perder la vida. Esta aventura, que muy presto se divulgó en todo el pueblo, lo ridiculizó de manera, que en mucho tiempo no tuvo valor ni cara para presentarse delante de las gentes. De este modo nuestra misma malignidad nos atrae el castigo que merecemos."

Si quereis vivir bien con todo el mundo, disimulad los defectos agenos, y no ofendais el amor propio de nadie.

Exâminemos lo que son las *virtudes personales*.

De las virtudes personales.

Por estas palabras quiero haceros entender, hijos mios, los esfuerzos que un corazon generoso hace para reprimir los deseos perniciosos que se elevan en él.

A primera vista parece que nuestras pasiones y nuestros vicios no deben perjudicar sino á nosotros; pero en depravándose, son tambien funestos á los que nos rodean. El gloton y el borracho arruinan su salud, y arruinan sus familias; el perezoso y holgazan hace padecer doblemente con su culpable inaccion, y la miseria que la sigue, á los que debia mantener con su trabajo. En el grande Alexandro hemos visto un efecto terrible de la cólera y del vino. Todas nuestras pasiones llegan á ser peligrosas, si no se reprimen desde su orígen. Así, mis amados hijos, desde que conozcais en vosotros alguna inclinacion viciosa, ahogadla sin misericordia: nada ménos que tener indulgencia con aquellos primeros deseos que nos lisonjean, y acaban por perdernos.

Hay una virtud personal que no es mas ventajosa á nosotros que á los demas, la qual debemos cultivar tambien con gran cuidado, porque nos mantiene en nuestra dignidad: esta es la *paciencia para sufrir los males* y las desgracias inevitables. El que al primer mal se lamenta y se queja de la suerte, es un cobarde, que no reflexiona que en este mundo estamos siempre expuestos á sufrir; y que sus quejas no sirven sino para degradarle, sin curarle: el que cayendo en un infortunio, no sabe sufrir con resignacion su suerte, se halla muy cerca de cometer una baxeza para mudar de situacion. La paciencia y el valor en una desgracia la ennoblecen; y así disminuyen las penas que la acompañan. Escuchad algunos rasgos de la historia de un hombre, que en el mas baxo grado de la desgracia manifestó una grandeza de alma, que le hizo superior al dolor mismo.

"*Epictéto* era de una complexion débil, contrahecho, y por colmo de miseria, esclavo de un hombre malo, que le trataba con ménos compasion todavía que á un animal que criamos, ó por

capricho ó por necesidad: este infeliz tenia sobrada razon para quejarse; ¿pero de que le habria servido? *Yo estoy*, decia, *en el lugar donde quiso la providencia que estuviese: el quejarme sería ofenderla.* Este sabio miraba con razon, como una señal de un corazon corrompido, el no consolarse sino viendo á los otros sufrir los mismos males que nosotros. *¡Como!* exclama sobre esto, *¿si os condenaran á perder la cabeza, sería preciso que todo el género humano fuese condenado al mismo suplicio?* El aguantaba su extrema pobreza, como los otros males. *Hacemos muy mal*, decia, *de acusar á la pobreza de que nos hace desgraciados; la ambicion es y nuestros insaciables deseos los que nos hacen realmente desgraciados. Aunque fuesemos dueños del mundo entero, no podria su posesion libertarnos de nuestros sustos y pesadumbres: solo la razon tiene este poder.* Su conducta correspondió á tan bellos principios. Ved aquí una prueba bien clara de esta verdad. Su amo, en uno de aquellos caprichos ordinarios en las gentes duras, le dió un

dia un gran golpe en una pierna. Epictéto le dixo con serenidad que iba á rompersela. El bárbaro redobla los golpes en términos que le parte el hueso. Entónces le dice el sabio sin alterarse: *¿No os habia advertido ya que me la romperiais?*" El referiros iguales exemplos, hijos mios, no es deciros que los imiteis á la letra: hay cierta grandeza de alma que solo pertenece á algunas personas privilegiadas: y quererla exîgir de todos los hombres indiferentemente casi sería una crueldad; mi fin es enseñaros á sufrir los males y las desgracias con un cierto espíritu para que no os envilezcais con baxas quejas, y mucho ménos con acciones reprehensibles.

Hablemos ahora de una virtud que corona á todas las otras, y las hace parecer mas bellas: esta es la *modestia*, hijos mios; quiero decir, *aquella modestia que nos hace hacer el bien por el bien mismo*, y no por alabarnos de él. El que hace un beneficio por ostentacion es un orgulloso que añade la humillacion al beneficio. El bien que se hace por virtud, y que tiene un mérito

completo, es el que se hace secretamente. Voy, hijos mios, á referiros un exemplo ilustre de ello, el qual os pido muy de veras que procureis imitarlo. El que nos lo ha dado es uno de los mas célebres filósofos de nuestra nacion, y el autor de varias obras sabias é inmortales.

"Este grande hombre estaba en Marsella, y se paseaba sobre la ribera del mar. Un mozo llamado *Roberto* esperaba que alguno entrase en su falúa. El filósofo se colocó en ella; pero de allí á un instante se preparaba para salir de ella, no obstante la presencia de Roberto, á quien no creyó dueño del barco. Díxole, que supuesto que el patron no parecia, iba á embarcarse en otro buque. Señor, le dixo el mozo, este es mio: ¿quiere usted salir del puerto? No, amigo, le respondió; apénas queda una hora de dia, y yo no quiero alejarme, sino dar algunas vueltas en el puerto para aprovechar y gozar de la frescura y belleza de la nochecita. Pero vos no teneis el ayre de marinero, ni el tono de esta profesion. No lo soy, en efecto, le contestó el jó-

ven; pero me ocupo en ello para ganar algun dinero solo los domingos y dias festivos. ¡Como! ¿avaro á vuestra edad? le replicó el filósofo; eso degrada vuestra juventud, y disminuye el interes que inspira vuestra buena fisonomía. ¡Ah, señor! le dixo Roberto, ¡si vos supierais por qué deseo con tantas ansias ganar dinero, no añadiriais á mi pena la de creerme de un carácter tan baxo! Yo os puedo haber ofendido, le dixo entónces el filósofo; pero la causa ha sido el no haberos explicado. Hagamos nuestro paseo, y entretanto me contareis vuestra historia.

Mi desgracia, dixo el jóven, arrimando su barco, es ver á mi padre en cadenas sin poder sacarle de ellas. Era corredor en esta villa, y con sus ahorros y los de mi madre habia puesto algunos intereses en una embarcacion que estaba á la carga para Smirna: embarcóse en ella con el fin de cuidar mejor de su pacotilla, y el barco fué apresado por un corsario, y conducido á Tetuán, donde mi desgraciado padre se halla esclavo con el resto del equipage. Para su rescate son necesarios

dos mil escudos; pero como se habia agotado, por decirlo así, para hacer mas importante su empresa, nosotros estamos muy distantes de tener esta suma; sin embargo, mi madre y mis hermanas trabajan dia y noche; yo hago lo mismo en casa de mi amo, en el oficio de joyero, que he abrazado, y procuro tambien, como lo veis, aprovechar los domingos y dias de fiesta para ganar algo mas. Nos hemos estrechado hasta sobre los artículos de primera necesidad; y así una sola piececita compone todo nuestro alojamiento. Yo pensé desde luego ofrecerme por mi padre, por libertarlo, y cargar sus cadenas; ya estaba pronto á executarlo, quando mi madre informada de mi proyecto, no sé por donde, me aseguró que era tan impracticable como quimérico, y prohibió á todos los capitanes del levante de admitirme á su bordo. ¿Y recibis alguna vez noticias de vuestro padre? preguntó el filósofo. ¿Sabeis como se llama su patron en Tetuán, y que trato le da? Su patron, le respondió, es intendente de los jardines del rey, le trata con humanidad, y los trabajos en

que le emplean no exceden sus fuerzas; pero nosotros no estamos con él para consolarlo, para ayudarle; está léjos de nosotros, de una esposa querida, y de tres hijos que idolatra. ¿Que nombre tiene en Tetuán, le preguntó el filósofo? No ha mudado de nombre, le respondió; se llama Roberto, como en Marsella. ¿Roberto, en casa del intendente de los jardines del rey, volvió á decirle el filósofo? Sí señor, le repitió el jóven. Entónces le dixo aquel: vuestra desgracia me causa compasion; pero segun vuestros honrados sentimientos me atrevo á presagiaros mejor suerte, y yo os la deseo muy sinceramente.

Luego que anocheció se desembarcó, y entregó á Roberto una bolsa; y sin dexarle tiempo para darle gracias, se retiró precipitadamente. En la bolsa habia ocho dobles luises de oro y diez escudos de plata. Una generosidad semejante daba una alta idea de su autor; pero en vano hizo quanto pudo Roberto por descubrirle y darle gracias.

Seis semanas despues de esta época, aquella honrada familia, que trabajaba incesantemente para completar la suma

que necesitaba, comia miserablemente tomando por todo alimento un poco de pan y unas almendras secas; ve llegar á Roberto, el padre, muy bien vestido, que la sorprehende en su dolor y su infelicidad. ¡Júzguese qual sería la admiracion de su muger y sus hijos, y sus transportes de alegría! El buen Roberto se arroja á sus brazos, y agota todas sus expresiones para dar gracias por haberle entregado al embarcarse (cuyo pasage y racion estaban pagados anticipadamente) cincuenta luises; y haberle vestido de pies á cabeza, como se veia.

Una nueva sorpresa tenia inmóvil á esta familia, mirándose los unos á los otros. La madre rompió el silencio, imaginando que habia sido su hijo el autor de todo aquello, y contó á su padre, como desde el principio de su esclavitud habia querido ir á ocupar su lugar, y como ella se lo habia impedido. Para el rescate se necesitaban seis mil francos; nosotros teniamos, prosiguió la muger, algo mas de la mitad, cuya mayor parte era fruto de su trabajo, y habrá encontrado amigos que lo habrán

ayudado y favorecido. El padre pensativo y taciturno en aquel momento, parecia consternado: despues volviéndose á su hijo, le dice: ¡Desdichado! ¡que es lo que has hecho! ¿como puedo yo deberte mi libertad sin sentirla? ¿Como podia esta ser un secreto para tu madre, sin haberla comprado con detrimento de la virtud? A tu edad, hijo de un desgraciado, de un esclavo, no se adquieren los recursos que necesitabas. Tiemblo al pensar que el amor paternal te ha hecho culpable. Dime la verdad, y muramos todos si has podido olvidarte y dexar de ser honrado. Tranquilizaos, padre mio, le dixo, abrazándole: vuestro hijo no es indigno de este título, ni bastante feliz para probaros quanto os ama. No es á mí á quien debeis vuestra libertad; yo conozco á nuestro bienhechor. Acordaos, madre mia, de aquel desconocido que me dió su bolsillo: él me hizo muchas preguntas, y él es sin duda el que nos ha favorecido: yo emplearé mi vida en buscarle: Dios querrá que lo encuentre para que venga á gozar del espectáculo de sus beneficios. En seguida contó á

su padre la anécdota del incógnito, y le tranquilizó sobre sus temores.

Roberto vuelto á su casa y familia, encontró amigos y socorros, y las conseqüencias fuéron superiores á sus esperanzas. Al cabo de dos años se halló con comodidades, y sus hijos, establecidos bien, participáron de su felicidad: esta habria sido completa si las continuas diligencias del hijo hubieran podido descubrir aquel bienhechor que se ocultaba á su vista con el mayor cuidado. En fin, un domingo lo encuentra paseándose en el puerto. ¡Ah, mi bienhechor! Esto fué quanto pudo articular arrojándose á sus pies, y quedando sin sentido. El filósofo procura socorrerle, y le pregunta qual es la causa de su estado. ¡Como! señor, le respondió Roberto, ¿habeis olvidado á Roberto y á su desventurada familia, que volvisteis á la vida, volviéndole á su padre? Vos os equivocais, amigo, dixo el virtuoso filósofo, que queria no ser conocido, y me teneis por otro, porque yo soy extrangero, y ha pocos dias que he llegado á Marsella. Bien puede ser, le respondió Roberto; pero acor-

daos de que hace veinte y seis meses que estabais aquí: del paseo por el puerto: del interes que tomasteis en mi desgracia; y de las preguntas que me hicisteis sobre las circunstancias que podian daros las luces necesarias para ser nuestro bienhechor. Libertador de mi padre, ¿podeis olvidar que sois el redentor de una familia entera que solo suspira por veros? No os negueis á sus deseos, y venid á ver á los que habeis hecho felices. Ya os lo he dicho, le respondió, que os equivocais. No, señor, le dixo Roberto, yo no me engaño; vuestras facciones estan tan profundamente grabadas en mi memoria y en mi corazon que es imposible el desconoceros. ¡Venid por vida vuestra! ¿venid bienhechor nuestro! Al mismo tiempo le cogia por el brazo, y le hacia una cierta violencia para llevárselo, y un monton de gente se juntaba á su rededor. Entónces el filósofo por desembarazarse de ella, levantando la voz, y con un tono grave y firme, le dixo: amigo mio, esta escena empieza á importunarme. Alguna semejanza que hallais en mí, ocasiona vuestro er-

ror: entrad en razon, y restituiros á vuestra casa á tranquilizaros, pues lo necesitais.

¡Que crueldad! exclamó Roberto; bienhechor de mi familia, ¿por que quereis con vuestra resistencia alterar la dicha que á vos solo os debe? ¿Será en vano el estar á vuestros pies? ¿Sereis tan inflexîble que rehuseis el tributo que tanto tiempo ha debemos á vuestra sensibilidad? ¡Y vosotros, todos los que aquí os hallais presentes, y á quienes mi turbacion debe enternecer, unios á mí, á fin de que el autor de mi felicidad venga á contemplar su propia obra!

A estas palabras, como que el filósofo se hizo cierta violencia; pero como no era de esperar, reuniendo todas sus fuerzas para resistir á la seduccion del placer delicioso que se le ofrece, se escapa como el viento de enmedio de la gente, y desaparece en un instante."

El autor de una accion tan bella sería desconocido todavía, si despues de su muerte no se hubiera hallado entre sus papeles una nota de 70;00 libras enviadas á un banquero de Cádiz. Los

herederos del filósofo escribiéron á este banquero para saber en qué se habia empleado esta suma, y les respondió, que habia servido para rescatar á un tal Roberto de Marsella, esclavo en Tetuán. Entónces se desató este enigma; y el hombre virtuoso, aunque en la tumba, tuvo en la tierra el premio de las alabanzas que nuestro reconocimiento debe dar á todo el bien que se hace; digo *nuestro* reconocimiento, porque aunque no se nos haga á nosotros, debemos, no obstante, mostrar reconocimiento al autor de un beneficio qualquiera; pues debe ser un motivo de alegría para nosotros que se haga bien en el mundo; y nuestra indiferencia acerca de esto sería una verdadera ingratitud, y una señal de que no amábamos la virtud.

Bien seguro estoy, hijos mios, que lo que acabo de contaros os ha hecho una viva impresion. Sea pues esta para vosotros una leccion, que os enseñe cómo deben hacer bien al próximo las gentes verdaderamente cristianas. Una delicadeza y generosidad semejante es tan meritoria á los ojos de Dios, como

á los de los hombres. ¡ Que la conducta y el reconocimiento de la familia socorrida os instruya igualmente ! El jóven Roberto fué el exemplo de los buenos hijos; y así debeis imitarlo.

Volver el bien por el mal.

Ved aquí la mas bella, la mas noble, y la mas árdua de todas las virtudes: os la propongo como la última. Si teneis valor para hacer bien al que solo os ha hecho mal, yo respondo de vosotros; y entónces no os parecerán las demas virtudes sino muy practicables. No hay duda que á primera vista parece casi imposible el querer y hacer bien al que no nos hace mas que mal: sin embargo, hacedle bien, venciéndoos hasta este punto, y muy presto os alegrareis, porque entónces conocereis todo el precio de la victoria que habeis ganado sobre vosotros mismos, y con razon os estimareis mas, porque habreis cumplido con lo que manda el evangelio. En fin, para imprimir mejor en vuestra memoria quan bella es la generosidad cristiana que nos hace

volver el bien por el mal, voy á contaros un *apólogo*, en el qual se halla bien distinguida esta virtud de la probidad y de la humanidad.

"Un padre de familia cargado de bienes y de años, quiso arreglar con tiempo su sucesion entre sus tres hijos, y repartirles sus bienes, que eran el fruto de sus trabajos y su industria. Despues de haber hecho tres partes, y asignado á cada uno la suya, dixo: un diamante de gran precio me queda todavia: yo lo destino á aquel de entre vosotros que sepa merecerlo mejor por alguna accion noble y generosa, y os doy tres meses de tiempo para poneros en estado de obtenerlo.

Al instante los tres hijos se separáron; y habiéndose reunido al tiempo prescrito, se presentáron, y el mayor dixo: padre, durante mi ausencia, un extrangero se halló en circunstancias tan críticas, que le obligáron á confiarme todos sus bienes; este hombre no tenia seguridad ninguna mia por escrito, y por conseqüencia no podia presentar ni producir prueba alguna, ni indicio alguno del depósito; pero yo

se lo he entregado fielmente: ¿esta fidelidad no es laudable? Tú has hecho, hijo mio, le dixo el viejo, lo que debias hacer; haber obrado de otro modo sería para morírse de vergüenza, porque la probidad es una obligacion de justicia.

El segundo hijo expuso luego sus razones en estos términos: yo me hallé, durante mi viage, á la orilla de un lago; un niño se metió en él imprudentemente; iba á ahogarse, y yo le salvé la vida á vista de los habitantes de un lugarillo inmediato al lago, los quales podrán declarar la verdad del hecho. Muy bien, le respondió el padre; pero en esta accion no hay otra cosa sino humanidad.

En fin, el tercero de los hermanos dixo: yo hallé á mi mortal enemigo, que habiéndose extraviado de noche en un bosque, se habia dormido, sin saberlo, á la orilla misma de un precipicio; de manera, que al menor movimiento que hubiera hecho al despertarse, hubiera perecido sin remedio. Su vida estaba en mis manos, pero yo procuré despertarle con cuidado, y le saqué de aquel peligro.

¡Ah! exclamó el padre, transportado de alegría, y abrazando tiernamente al hijo: ¡á ti, á ti sin contradiccion pertenece la sortija!

LECCION VII.

El traductor.

Antes de hablaros, hijos mios, de la civilidad en general, quiero preveniros cómo debeis portaros quando asistais al templo del Señor. El mismo Jesucristo nos dexó dicho que su casa es casa de oracion: por consiguiente debemos todos los fieles ir á ella á orar é implorar sus misericordias con el mas profundo y religioso respeto, así interior, como exterior, pues el uno y el otro culto estamos obligados á rendirle para justificar nuestro amor, nuestra obediencia, nuestra fe y nuestro reconocimiento á los innumerables beneficios de que nos ha colmado, y contínuamente nos está colmando. Y como quiera que en tan sagrado lugar sea en donde se reune la mas numerosa y religiosa sociedad; es necesario, hijos

mios, que allí observeis la mas escrupulosa compostura en todas vuestras acciones, sin permitiros jamas ciertas irreverencias y libertades, como risas, conversaciones, voluntarias distracciones y posturas indecentes, que por desgracia se ven hoy practicadas con demasiada freqüencia por las gentes indevotas en nuestros santos templos. Una prueba bien convincente de lo que á Dios irritan estas graves faltas de respeto en su santa casa, es lo que nos dice el evangelio, quando el mismo Jesucristo, suma mansedumbre y santidad, tomó el látigo, y arrojó de su santo templo á los que con estas y otras escandalosas acciones se atreviéron á profanarle. Asistid á ellos con la mayor modestia hasta en vuestros trages, pues los que van á tan respetable lugar haciendo alarde de sus adornos y profanidades, no solo ofenden á Dios gravemente ultrajando su santa casa, sino que son causa de que los demas se distraigan, se escandalicen, murmuren y pierdan la devocion y el recogimiento interior con que deben estar en la presencia del Señor.

Ya sabeis el gran respeto, atencion y devocion con que debeis oir misa, y que en este adorable incruento sacrificio, que es una verdadera representacion de los sagrados misterios de nuestra redencion, la víctima de expiacion por los pecados de todos los hombres que en él se ofrece al Eterno Padre, es el mismo real y verdadero cuerpo de Jesucristo, que por el grande amor que les tiene quiso quedarse sacramentado entre ellos hasta la consumacion de los siglos. Esto nos induce á deciros tambien el mucho respeto con que ya en el templo, y ya fuera de él debeis tratar á sus ministros, á quienes los mismos ángeles tienen una santa envidia.

Basta, hijos mios, con lo insinuado para haceros comprehender la profunda veneracion y respeto con que debeis portaros en el lugar santo, y la civilidad religiosa que en él os hallais obligados á observar.

De la civilidad en general.

La palabra *civilidad* se deriva de

otra palabra que significa *ciudad*; y así en su primitiva significacion *civilidad* quiere decir *modo de vivir de los habitantes de una ciudad entre sí.* La civilidad encierra todas las reglas que deben servirnos de guia en la sociedad. Con razon se llama *civilidad*, porque ademas de hacer mas fácil y mas agradable el comercio de los hombres, contribuye mucho á su *civilizacion.* En efecto, una sociedad donde nadie se contuviera, ni tuviera respeto á nadie, embruteceria á los hombres, y los reduciria á un estado salvage. Esta pequeña sujecion que recíprocamente nos hemos impuesto, no es como creen algunas personas sin reflexîon un simple convenio, ó una etiqueta inútil; es una ley nacida de la necesidad, y una rama del gran principio: *haz á otro lo que tú quieres que te hagan á ti*; y en efecto, si yo gusto de que me saluden con agrado, ¿por que no he de hacer lo mismo con los otros? Quando yo me abstengo de hacer todo aquello que puede disgustar á los demas, ¿no lo hago porque tengan conmigo la misma consideracion?

Esta es la basa de la civilidad entre los hombres.

Ya lo hemos dicho, nosotros estamos llenos de imperfecciones físicas y morales, y así debemos ocultar una parte de ellas á los ojos de los otros, y tolerar aquellas que estos no quieren ó no pueden ocultarnos: este es el fin de la civilidad, y por lo mismo viene á ser una obligacion.

PAULINO.

¿Que diferencia hay entre la *política* y la *civilidad*?

EL PADRE.

Freqüentemente confunden estos dos términos; pero la costumbre que da á las palabras su verdadera acepcion, los separa así: por *civilidad* se entienden todos aquellos miramientos que debemos tener los unos con los otros; y por *política* las simples atenciones de costumbre, y que en sí nada tienen que sea útil; y así hacer una oferta, abstenerse de hacer lo que puede ofender á otro, es propiamente civilidad; pero hacer un pequeño cumplimiento, dar

la mano á una persona que puede muy bien andar sola, no es mas que una pura política. La primera proviene de la moral, y la otra del amor propio.

PAULINO.

En ese caso, yo puedo dispensarme de ser político.

EL PADRE.

Espera, hijo: yo hago distincion de lo que es útil, y de lo que pertenece al uso, á fin que des mas al uno que al otro; pero si yo te empeñara en no vivir con respecto á las costumbres, sino segun la estricta razon, te haria un mal servicio. Voy á hacértelo conocer mejor por una suposicion.

Figúrate un hombre que en el mundo quiere hacerse una regla de conducta segun las simples leyes del buen juicio: será éste sin duda un perfecto hombre de bien; pero parecerá ridículo á los ojos del público, no porque lo sea en efecto, sino porque será diferente de todo el mundo. Si se estila un vestido estrecho, él querrá uno ancho porque es mas cómodo; no brindará á

nadie quando beba; no saludará al que estornuda; entrará el primero en una sala sin detenerse; tomará una silla, si está cansado; se pondrá el sombrero delante de ti sin saludar; en fin, él tomará de la civilidad todo aquello que es útil á los demas; y dexará á un lado las ceremonias, que son sus signos exteriores. No hará muy mal; pero todos le tendrán por original; y las gentes que no hacen juicio de la política de los otros sino por las cortesías que las hacen, le llamarán grosero; y así es mas puesto en razon que se conforme con los usos recibidos, pues de lo contrario puede ofender tambien á muchas gentes. Hay personas á quienes una simple omision de política causa mas disgusto que una verdadera falta de buen proceder; porque se imaginan al instante que se ha tenido la intencion de ofenderlas é insultarlas: esta es falta de entendimiento digna de compasion; pero supuesto que una cosa tan pequeña les agrada tanto, ¿por que se la hemos de rehusar? Por otra parte, las gentes no quedan satisfechas si no se las distingue segun su modo de pen-

sar; y el hacerlo de otro modo produciria el efecto contrario sin duda alguna; y así, como en todas las circunstancias de la vida es necesario manifestar buena crianza á sus semejantes, procurad ser políticos, segun los usos del tiempo y del pais en que vivis.

FELÍCITAS.

Pero, ¿por que al decirnos vmd. que seamos políticos, nos añade: *segun los usos del tiempo y del pais en que vivis*?

EL PADRE.

Porque si el sentimiento que nos lleva á ser políticos entre nosotros es siempre el mismo, el modo de expresar la política muda con el tiempo, y es diferente en cada pais. Por exemplo, entre nosotros sería mirado como una impolítica el ofrecer de beber en un vaso sin haberlo enxuagado ántes; y en efecto es una falta de aseo: en algunos cantones de la Holanda, por lo contrario, es un agasajo que hace el dueño de la casa á sus convidados el presentarles de beber en el mismo vaso

que él acaba de desocupar; y qualquiera que rehusase el conformarse á esta costumbre, faltaria en ese caso á la atencion debida á quien solo deseaba complacernos y obsequiarnos. Es preciso pues corresponder á la intencion sin pararse en el modo con que nos la manifiestan. Quando en la América quieren sus naturales manifestar á sus huéspedes que los tienen por amigos, les presentan el *calumet*, que es una especie de pipa, despues que ellos han fumado. Sin duda que un europeo delicado perdonaria de buena gana esta atencion por no meterse en la boca esta pipa que ha estado ya en la poco aseada de un indio, y por lo regular de muchos otros salvages; ¿pero sería bien hecho afligir, á costa de una pequeña repugnancia, á unos hombres honrados que nos dicen á su modo: *yo soy vuestro amigo?* Esto sería entónces una grosería y una falta de crianza. Si uno puede excusarse sin ofender á nadie, hace muy bien; pero si no hay medio, es preciso pasar por ello, porque, para decirlo en dos palabras, la política no consiste en hacer

la ceremonia que nos agrada, sino la que gusta á los otros.

No creais sin embargo que yo quiera haceros esclavos de esta política que os recomiendo; muy al contrario, os exhorto á no imitar jamas á aquellas gentes que guardan tan exâctamente las mas pequeñas ceremonias, que fastidian con sus atenciones, que obligan á cada instante á hacerlas una cortesía, y responderlas: *os doy muchas gracias*. Esta especie de gentes son unos entendimientos limitados, que piensan conseguir consideracion, y solo logran hacerse ridículos. Sed buenos, sed benéficos, y entónces sabreis hasta qué grado debeis ser políticos.

Ademas, hijos mios, lo que aquí os digo es mas bien para lo por venir, quando los años os habrán colocado entre los hombres, que para ahora. Ahora dependeis en algun modo de todo el mundo, y así debeis atraeros á los otros con vuestra atencion: nada se debe todavía á vuestra edad, y vosotros lo debeis todo á la de los otros; lo que os convendrá á treinta años no os conviene hoy dia. Tened pues cui-

dado, hijos mios, de distinguir en mis instrucciones lo que es para de presente, de lo que es para lo sucesivo.

LECCION VIII.

EL PADRE.

Para no dexar pasar ninguna obligacion de las que exîge la civilidad, veamos la ocupacion de un dia entero, y empecemos por el *levantarse*.

Del levantarse.

Os aconsejo pues que procureis madrugar miéntras vivais. Esta costumbre tiene grandes ventajas; desde luego es útil á la salud: el que permanece mucho tiempo en la cama experimenta una cierta pesadez de cabeza, y una necesidad mas urgente de dormir todavía; pero el que madruga se halla mas despejado, y tiene mas tiempo para sus negocios. Una hora mas que se emplee cada dia importa mucho al cabo de un solo año; esto es, en algun modo otro tanto quitado á la muerte: sí, hijos mios, quitado á la muerte, lo

repito: pensad que el sueño es una especie de aniquilacion, y el tiempo que puede robársele, es un tiempo realmente adquirido. Yo quiero dároslo á entender ahora, por una de las suposiciones que os agradan.

Supongamos pues que *Pedro* y *Pablo* muriéron á un tiempo á 60 años: Pedro encontró sin embargo el medio de vivir mucho mas que Pablo; y ved aquí como lo ha hecho. Pablo no se levantaba jamas hasta las nueve de la mañana; y Pedro al contrario, estaba ya en pie á las cinco de ella. A las diez de la noche se acostaban estos dos hombres; y así Pedro tenia un dia de 17 horas, miéntras Pablo no le tenia sino de 13: esta era una diferencia de 4 horas por dia. Quatro horas por dia hacen al cabo del año 1460 horas, que forman 112 dias, á razon de 13 horas cada uno, como los que Pablo gozaba. Ya veis, hijos mios, que de aquí resulta casi un tercio del año mas para Pedro. ¿No es inmensa esta ventaja? Pero continuemos, y quedareis espantados del tiempo que Pablo ha perdido. Al cabo de 60 años, Pedro

habia ganado por su diligencia 6720 horas, que hacen 18 años y 8 meses. Observad que estos 18 años y 8 meses se han compuesto del tiempo que Pablo hubiera podido velar; y no hago entrar en esto el tiempo que la naturaleza quiere que se dé al sueño. Reflexionad, y conoced el precio del tiempo, y ved si tendreis valor para perder tanto, siendo la vida tan corta. Esto no tiene que ver con los deberes de la civilidad; pero siempre es bueno que conozcais lo que puede seros útil quando la ocasion se presente.

Para sacudir los restos de un sueño importuno saltad de pronto de la cama. Si alguno se halla en vuestro quarto, tened cuidado de cubriros al instante, de manera que no se descubra nada de lo que debe tenerse tapado: á ti, hija mia, es á quien sobre todo te recomiendo esta precaucion; el pudor conviene á los dos sexôs, pero mucho mas á las mugeres, porque esta virtud conserva en ellas otras muchas, y jamas la desprecian, sin abandonar al mismo tiempo su mas importante obligacion. Aunque esteis solos, sed mo-

destos; vosotros debeis respetaros delante de vosotros mismos, y no olvidar jamas que la vista de la divinidad lo penetra todo.

Del modo de vestirse, y de la limpieza.

Haced de modo que siempre se vea en vuestro modo de vestiros la mas exâcta decencia, porque no es justo dar en ojos á los demas. Si la fortuna no os permite tener ricos vestidos, á lo ménos podeis vestiros con modestia; tambien debeis ir aseados y limpios: el agua se encuentra en todas partes, y así nadie tiene disculpa de no ir limpio. Lavaos la cara, los ojos, la boca y las manos, y en ello ganareis mucho. Bañaos tambien enteramente quando lo podais, y os hallareis mas robustos. Las gentes que jamas se lavan los ojos acaban por enfermar de ellos; los que ni se limpian la boca ni los dientes, contraen mal aliento, y sus dentaduras se cubren de una porquería amarilla, que poco á poco las caría, y hace caer. En no bañándose jamas, el sudor y la

transpiracion crian en el cuerpo una cierta grasa, que con el calor interior exhala un olor desagradable. Y decidme, ¡si no os estremeceis quando veis que os arriman una mano puerca! Tened pues cuidado de no causar á otros la misma repugnancia: pensad que una persona asquerosa es un objeto repugnante, del qual procuran todos huir. Sed aseados, no solo por el interes de vuestra salud, sino por consideracion con aquellos con quienes debeis tratar.

Yo no quisiera que este gusto por la limpieza que pretendo inspiraros, os empeñase á estaros dos horas en el tocador, porque esta es ordinariamente la ocupacion de los espíritus fútiles, ó de las gentes que tienen intenciones poco honestas. Vestíos segun el estado en que os halláreis; sobre todo evitad el singularizaros con modas extravagantes, y que no son del dia. Una persona de buen juicio adopta la costumbre mas bien recibida; y sobre esto es mas bien á ti, hijo mio, á quien yo hablo: lo repito, sed honestos en vuestros vestidos: id siempre decentes y aseados, y no paseis jamas de ahí. Na-

da es tan despreciable como un hombre que solo se ocupa y piensa en adornarse, y que se presenta en una sociedad con todo el aparato de una coqueta. Este es verdaderamente un ser degradado.

En quanto á ti, hija mia, siempre te será mas perdonable el que pienses un poco mas en tu compostura: tu sexô necesita agradar; pero por desgracia hay un gran número de mugeres que abusan de esta condescendencia. ¡Procura conocer mejor tus intereses, mi amada Felícitas! Las que no piensan sino en sus vestidos, y en las modas del dia, son raramente mugeres verdaderamente estimables, y así se las desprecia generalmente. Como tienen un deseo desmedido de agradar, es imposible que sus corazones sean inocentes; y así no hay injusticia en juzgarlas con severidad. Condúcete tú con mas discrecion: no emplees en tu adorno mas tiempo que el necesario, y teme que te crean ocupada enteramente en el cuidado de hacer brillar tu cara ó tu talle. En la eleccion de los adornos que admite la costumbre, párate siempre

en aquellos mas sencillos, y por ellos harán juicio de tu buen gusto, y sobre todo de tu moderacion y de tu entendimiento. La muger que corre tras una moda extravagante, es una loca que no sabe lo que conviene ni á la belleza ni á la razon. En efecto, ¿que puede esperarse de bueno de una persona que no teme parecer ridícula? Yo no te diré nada de aquellas que ofenden el pudor, porque muestran abiertamente lo mucho que se desprecian á sí mismas, y el poco reparo que tienen en despreciar á las otras.

LECCION IX.

EL PADRE.

Un hijo bien criado apénas se levanta y se viste, quando hincado de rodillas eleva su corazon á Dios, segun os lo tengo ya dicho en otra parte; despues va á informarse cómo han pasado la noche sus padres ó superiores: este último paso no debe ser un simple acto de política, sino el sincero deseo de saber si las personas que ama gozan una buena salud.

Del respeto debido á los ancianos.

El respeto que debeis manifestar á vuestros padres, me conduce á hablaros del que debeis tener á los ancianos.

Quando encontreis alguno, daos priesa á saludarlo, no con la ligereza que se saluda á un igual, sino con mucho respeto, como que este es un homenage que se rinde á la vejez.

Jamas imiteis á los tunos y gentes que tienen un corazon tan depravado que se complacen en burlarse de aquellos á quienes la sola edad hace respetables: sus enfermedades son dignas de compasion, y es una crueldad horrible el burlarse de ellas.

Siempre que encontreis ancianos cededles el lugar mas decente. Quiero contaros acerca de esto un rasgo de historia que os agradará.

"*Esparta* era una pequeña república donde las virtudes eran honradas: Atenas era otra república donde á veces honraban los mas feos vicios. Un dia se celebraba en esta última ciudad

:

una fiesta: un anciano fué al teatro demasiado tarde, de modo que todo estaba ya ocupado, y así anduvo mucho tiempo sin hallar donde sentarse. Los jóvenes atenienses, léjos de ofrecerle un pequeño lugar, se alegraban y burlaban de su embarazo. Los embaxadores de Esparta, que tenian en el teatro un lugar distinguido, al ver lo que pasaba, llamáron al pobre anciano, y se estrecháron para que se sentase en medio de ellos. ¿Esta accion no fué tan loable en los esparciatas como vergonzosa en los atenienses? Creo que vosotros, hijos mios, habriais querido mejor obrar como los primeros, que no como los segundos."

Quando un anciano hable, escuchadle sin interrumpirle; porque no solo su edad le da el privilegio de ser escuchado, sino que sus años le han dado una experiencia que no puede ménos de seros útil.

Generalmente un niño que respeta á los ancianos consigue que se piense bien de él, porque desde luego manifiesta tener un excelente corazon, y por lo mismo se espera que será un hombre

honrado, caritativo, é inclinado á favorecer á quantos se valgan de él.

De la docilidad y de la condescendencia.

No debo deciros que debeis ser dóciles con vuestros padres; seriais ciertamente unos monstruos si rehusarais obedecer á los autores de vuestros dias, á aquellos que apénas viven un instante sin pensar en vosotros, y cuyos desvelos y fatigas no tienen otro objeto que vuestra felicidad. No obedecer á los padres es cometer dos grandes culpas; la primera ultraja á la naturaleza y á la religion, y la segunda nos es muy perjudicial: todo lo debemos, fuera de Dios, á nuestro padre y madre; y así no nos es permitido tener mas voluntad que la suya; nada nos mandan que no sea para nuestro bien, y así no podemos, sin perjuicio nuestro, dexar de obedecerles.

Si hablara á otros niños que á vosotros, les diria: al instante que vuestros padres os manden alguna cosa obedecedles con presteza y alegría, porque

esto da un nuevo valor á la obediencia. Nada hay mas desagradable que aquellos hijos que jamas hacen lo que se les manda sino murmurando; estos son unos entes insoportables que parece temen dar una satisfaccion, y que ciertamente no deben por lo mismo recibirla; y supuesto que se hallan obligados á obedecer, ¿por que no lo hacen como si nadie les obligara á ello? Regularmente se quiere á aquellos niños cuyo semblante risueño anuncia buena voluntad; pero jamas se miran sin disgusto aquellos miserables que parece estan siempre en guerra contra quantos los rodean. Su cara triste y su mal gesto dicen desde luego: ved ahí un mal sugeto á quien es necesario dexar solo en un rincon. Las ventajas de la docilidad son inmensas en un niño: prestad atencion.

El niño dócil es querido, y es tan grande esta dicha que todo debe hacerse por conseguirla.

El niño dócil se esfuerza para seguir los consejos de sus maestros: se instruye con facilidad; rara vez se le castiga, y al cabo logra ser hábil. ¡Pensad

pues quan agradable le será algun dia el verse instruido, y mas estimado que la mayor parte de tantos ignorantes que fuéron tercos y perezosos en su infancia!

El niño dócil se prepara un por venir dichoso. Es menester obedecer toda la vida, hijos mios: hoy á vuestros padres y á vuestros maestros, en adelante á vuestros superiores, á vuestros deberes, á las circunstancias, y hasta á las personas que os importen poco. Jamas podemos hacer todo lo que queremos: todos los hombres, aun los mas poderosos, dependen unos de otros. Aplaudios pues, amiguitos, de saber someter vuestro carácter á la obediencia, y así os será mas fácil desempeñar lo que por obligacion teneis que hacer. Si se trata de executar lo que un superior os manda, no os costará mas que el aprender hoy una leccion. Si fuere preciso para ganar vuestra subsistencia aplicaros á un trabajo desagradable, os entregareis á él con espíritu, buscando el poco gusto que os pueda producir. Esto os sucederá; y vuestro espíritu, siempre tranquilo, sa-

brá encontrar algun placer hasta en la situacion mas triste. No sucede esto al hombre que en su infancia ha sido terco, y solo ha obedecido murmurando: su carácter se ha acedado; y apénas se ve obligado á hacer una cosa, quando se enfada, murmura todavía, enfada á los otros, cumple mal con ella, y se mortifica á sí mismo. ¡No está por cierto este hombre bien adelantado! Quando saliera bien de todas sus empresas, todavía sería mas desgraciado que aquel que se ha formado un carácter dócil; porque con un genio que se inquieta con las mas pequeñas contrariedades no es posible conseguir jamas un instante de sosiego ni de felicidad.

No solo es menester obedecer á todo lo que nos manda en la vida; sino que es preciso hacerlo por política y condescendencia con los otros en el trato diario de la sociedad.

Vuestra edad, hijos mios, os obliga á ceder á todo el mundo: quando seais ya grandes tendreis el derecho de resistiros á lo que los otros quieran exîgir de vosotros, si no es cosa justa. Pero en general, ceded mas bien con

dulzura en las cosas de poca importancia: es señal de un mal carácter el querer siempre sobresalir; y como para ello es preciso ofender el amor propio de los otros, se acaba siempre por hacerse detestable. Si os creeis autorizados para defenderos, hacedlo con modestia, con sosiego, y de un modo que jamas ofendais á nadie: vuestro mismo interes os obliga á usar de esta dulzura, y así no será penoso á los otros el confesar sus faltas. Con una conducta contraria los exâsperariais, y nada lograriais.

Esto nos conduce naturalmente al modo con que debemos portarnos en la conversacion.

Cómo debemos portarnos en la conversacion.

Miéntras que seais niños no debeis mezclaros en la conversacion de las personas mayores que vosotros, á ménos que no os empeñen en ella, ó que os dirijan la palabra. Escuchad callando; si dicen cosas útiles aprovechaos de ellas, pero si así no fuese, no pon-

gais mala cara, y disimulad.

Si os es permitido hablar, tened cuidado de no abusar del permiso, ni de hacer lo que muchos que no dexan hablar á nadie. Si otro os habla no le interrumpais, y dexadle acabar lo que tenga ó quiere decir; porque nada es mas impolítico que el cortar á los otros la palabra. Aguardad que os toque la vez sin impaciencia; sobre todo escuchad al que os habla, y no hagais lo que ciertas gentes que miran á un lado y otro, como ocupadas en otra cosa que en lo que las dicen.

Quando hableis, hacedlo con un tono moderado, ni muy alto ni muy baxo; y portaos de modo que vuestros discursos sean dulces, honestos, y sin afectacion.

Hablad á las gentes segun su edad y su estado; estudiad tambien su carácter y su humor para no decir cosa que pueda mortificarlas: respetad la opinion de los otros, no intentando jamas destruirla, pues de lo contrario es introducir el disgusto y la acedía en la conversacion. Si no obstante os obligan á decir vuestro parecer, hacedlo

sin sujecion, porque la franqueza es una virtud; pero que sea siempre con moderacion, y como sintiendo el tener que disgustar á otro.

Si alguno se chancea con vosotros, soportad la chanza, ó si lo podeis hacer, corresponded á ella con otra chanza alegremente, siempre que no sea pesada. Como en el mundo es indispensable encontrarse con toda clase de personas, sería una imprudencia el enfadarse por las bufonadas que nos digan. En quanto á vosotros, hijos mios, huid de esa mala diversion: siempre es ella el recurso de los tontos, que ignoran que son mas ridículos que los otros, ó cuyo espíritu es malo, y busca por lo mismo el modo de humillar á los demas.

Si por casualidad os injurian, responded con firmeza, dad buenas razones, pero sin arrebataros. Vuestra moderacion avergonzará á vuestros adversarios, y atraereis á vuestro partido á todas las gentes sensatas que se hallen presentes.

Hay personas que se divierten haciendo mil gestos, y remedando á los

otros para divertir á los que los miran: despreciad semejantes bufones, y á los que no saben respetarse á sí mismos. No trateis tampoco de tener chanzas pesadas con nadie: todo esto anuncia ser unos calaberas, tener poco entendimiento, mucha frivolidad, y querer mortificar á los otros.

Sobre todo, hijos mios, tened gran cuidado de que jamas salga de vuestra boca la mas mínima palabra deshonesta: si alguno la profiere en vuestra presencia, callad, y dad á entender con vuestro porte serio que semejantes cosas os desagradan.

Tampoco es conveniente ni bien visto el hablar de cosas asquerosas, principalmente miéntras se está comiendo. Terciad en la conversacion, segun la sociedad en que os hallais: si las personas que la componen estan alegres, no es razon entristecerlas con discursos melancólicos; pero sería muy mal á propósito el ofenderlas, si estuvieran afligidas, con una alegría inmoderada.

Si teneis que contar algo, hacedlo rápidamente, y no molesteis al auditorio con una larga y pesada narracion.

Si teneis que afirmar alguna cosa, hacedlo sencillamente y no con juramento, como acostumbran algunas gentes mal criadas por las menores cosas.

Como es preciso tener siempre cierta condescendencia con aquellos que nos rodean, no trateis de hablar exclusivamente de lo que sabeis mejor; y no propongais qüestiones dificiles que los otros no entiendan; al contrario, tened la atencion de hacer lucir á cada uno á su vez, proporcionándole materias á las quales alcancen sus conocimientos.

Guardaos tambien de reprehender á los otros; porque este es un mal papel, el qual desagrada siempre sin producir nada bueno.

Si hablando alguno no encuentra las palabras, no se las sugerais, á ménos que no sea vuestro inferior, y que tengais el derecho de instruirlo.

Si llegais á una sociedad, no pregunteis de qué se está tratando, á ménos que no seais el amo de la casa; y si sois vosotros los que hablais, quando llega una persona de autoridad, es bueno que en pocas palabras repitais lo que habeis empezado.

No hagais que repita una persona que habla lo que está contando, diciéndole: ¿que decis? yo no os he entendido, ni cosas semejantes.

No deis á entender que teneis algun secreto que confiar, miéntras se está hablando; no señaleis con el dedo las personas de quienes hablais, si estan presentes, y pueden advertirlo; no hagais gestos extraños, ni riais á carcajadas sin venir al caso. Si referis un hecho no nombreis al que os lo ha contado, si pensais que puede sentirlo. En la sociedad es la primera qualidad la discrecion, porque ¿como os confiaré yo un secreto si al instante vais á descubrirlo?

Quando alguno en presencia vuestra dice ó hace alguna cosa que no debe decirse ni hacerse, y conoceis que ha sido por sorpresa, y que se halla humillado en la reflexîon que hace sobre sí mismo, obrariais contra la civilidad y caridad, haciendo notar aquella palabra ó aquella accion, porque no se debe correr á nadie: y así haced como que no lo habeis notado; y si es necesaria alguna disculpa, tratad de dar

una buena interpretacion á la cosa, para disculparle á él mismo á sus propios ojos.

Jamas os alabeis, ni digais nada que os ensalce: esto es insoportable para los que os escuchan, pues piensan que quereis elevaros sobre ellos.

Si alguno os alaba no os alegreis, como si os causara placer; porque esto manifiesta que se ama la lisonja; y así cortad con modestia la conversacion, pues en este caso no será una incivilidad: y si no podeis conseguirlo, contentaos con baxar los ojos, y hacer una cortesía.

No os opongais á las alabanzas que se hagan á los ausentes, porque os creerian envidiosos. Si, al contrario, critican injustamente á una persona cuya buena conducta os es notoria, defendedla, hacedla justicia; pero sin embargo, y en quanto sea posible, que sea de modo que no ofendais á sus antagonistas.

Algunas veces es preciso celebrar á los otros, pero sin adularlos, ni darles unas alabanzas no merecidas, porque esto es propio de los caractéres baxos.

No seais tampoco del número de aquellos cumplimenteros insípidos que exâgeran todo lo bueno que saben de aquellos á quienes dirigen la palabra.

Tampoco seais de aquellas gentes que hacen mil ofertas, sin tener intencion de cumplir ninguna. Aunque todo el mundo sabe que esta clase de ofrecimientos no es mas que palabras vanas, de que se usa en buena política, no por eso dexan de ser falsedades. Fuera de que, en empleándolas, nos acostumbramos á un lenguage exâgerado que nos hace ridículos, y lo que es peor, á que nos miren como una especie de mentirosos. En efecto, ¿como querreis que crean vuestras protestas verdaderas, si os oyen decir á cada instante, y sin venir al caso: *Yo soy vuestro humilde servidor, yo os estimo mucho, disponed de mí, yo me tendré por muy dichoso si logro el serviros*, y otras mil mentiras semejantes? Un hombre de bien ha de procurar que su lenguage sea verdadero: porque la exâgeracion no sirve sino para darle el carácter contrario.

Cómo debemos gobernarnos en una compañía.

Por vuestro modo de portaros en la sociedad, formarán las gentes que aun no os conocen, una buena ó mala opinion de vosotros; y así debeis conduciros sobre este punto con la mayor circunspeccion y cuidado.

En entrando en parage donde se hallen reunidas varias personas, saludadlas con modestia, baxando atentamente la cabeza, primero al amo y á la ama de la casa, y despues á todos los demas.

Si todos estan sentados, tomad el puesto que se halle desocupado, ó el que os señalen.

En qualquiera situacion que os halleis dexad el cuerpo en su posicion natural, porque todo lo que es afectado es siempre ridículo. Si estais sentados, tened sentados los pies en el suelo, sin tener las piernas ni muy separadas, ni muy juntas. No imiteis á aquellas gentes que se extienden sin miramiento delante de todo el mundo, como si estuvieran solas, y que con semejante postura indecente parece que desprecian á

los que estan presentes. No meneeis vuestras piernas tampoco, como suelen hacerlo los niños mal criados, ni esteis inquietos meciéndoos en la silla á cada instante, como lo hacen las personas que estan disgustadas ó impacientes.

A ti, hija mia, sobre todo, es á quien dirijo estos avisos. El porte dice mucho en pro ó en contra de una persona de tu sexô: y así debes obrar con ménos libertad y desembarazo que los muchachos; lo que en estos no sería mas que un aturdimiento, sería en ti una indecencia.

En toda sociedad de gentes de forma deben los hombres tener descubierta la cabeza; y así, hijo mio, tú debes seguir la costumbre: pero si estás incomodado, y te hallas en casa de personas donde puedas pedir permiso para cubrirte, hazlo: porque vale mas todavía mirar por la salud, que ser esclavo de una etiqueta, que no es del resorte de la verdadera civilidad.

Prestad atencion á lo que se habla en sociedad: no os froteis las manos por pasatiempo, ni por ostentar una

especie de importancia; no canteis tampoco entre dientes, porque es señal de un tedio fastidioso para los otros. Sobre todo no contraigais ciertas costumbres groseras que tienen algunas gentes, como comerse las uñas, sobarse el pelo, ni meterse los dedos en las narices; esta última accion hace levantar el estómago.

Si alguno os presenta alguna cosa recibidla con una ligera sonrisa, inclinándoos con cortesía; y si vosotros dais algo, observad la misma ceremonia, poco mas ó ménos. Si se trata de un cuchillo, de una cuchara ó de otra cosa que tenga mango para agarrarla, tened cuidado de presentarla siempre al que la reciba por aquel extremo.

Si os hacen un regalo, no lo critiqueis, sobre todo delante del que os lo ha hecho; esta sería una señal de ingratitud, y una accion enteramente desagradable para el que cree complaceros; y así mostraos siempre en este caso muy satisfechos. Por la misma razon sería una incivilidad el que alabaseis vosotros el regalo que hicieseis á una persona; entónces dariais á entender que

exîgiais una recompensa mayor, y disminuiriais en el corazon de esta persona el placer que habria tenido en recibir alguna cosa vuestra. Hay un cierto modo de dar, hijos mios; y no es aquel que da mas el que nos agrada, sino aquel que lo hace con mas gracia. Esto me ofrece la ocasion de recomendaros la mucha delicadeza con que debeis dispensar vuestros favores. Pensad, que el que nos necesita, se halla ya bastante abatido por su misma necesidad, y sería una crueldad aumentar su humillacion con nuestros malos modos. Preciso es, en quanto podemos, contemplar el amor propio ageno: esta es una verdadera prueba de humanidad, con la qual se ganan los corazones. Quando deis limosna, hacedlo igualmente con gracia y con agrado; el pobre que os la pide es vuestro hermano, y si le manifestais dureza ú orgullo, ofendereis su corazon sin ganar nada en ello: vosotros perdereis tambien á vuestros propios ojos el mérito de vuestra accion, y Dios no os la agradecerá. ¡Que poco cuesta el ser humanos y agradables, y quanto ganamos con ello!

Esta pequeña digresion nos aleja un poco de nuestro asunto: volvamos á él. Hay ciertas acciones que, aunque naturales y aun necesarias, no deben hacerse en una compañía. Sería una porquería el eructar con estrépito, y mucho peor todavía el ventosear. Si os hallais incomodados de semejantes necesidades, salíos fuera por algunos minutos. Sonarse, escupir y estornudar puede hacerse delante de todo el mundo; pero hay un cierto modo decente de dexar satisfechas estas necesidades.

Quando tengais precision de escupir, volved la cabeza á un lado, de manera que no incomodeis á nadie, y pisad la saliva con el pie al instante para ocultar á los circunstantes lo que esto tiene de desagradable. Si estais en un aposento aseado sacad el pañuelo, y escupid en él.

Si os sonais, hacedlo de modo que no incomodeis á nadie con un ruido semejante al de una trompeta, y luego que os hayais sonado guardad el pañuelo en la faldriquera sin mirar dentro, como hacen algunas personas puercas.

Quando tengais gana de estornudar,

volveos un poco de lado, cubrios la cara con el pañuelo, y corresponded al saludo que os hagan. Esta costumbre de saludar al que estornuda, no es de utilidad alguna, pero está recibida, y es preciso seguirla para no pasar por incivil en la opinion de algunas personas.

Por lo que toca al bostezar delante de gentes, es menester abstenerse de ello quanto se pueda, porque el hacerlo y hacerlo con freqüencia, es como manifestar que la compañía en que nos hallamos nos fastidia. Si no obstante, no puede excusarse el bostezar, es menester taparse la boca con el pañuelo ó con la mano, y no hablar miéntras dure el bostezo.

Quando se hace un círculo al rededor del fuego, es necesario dexar el puesto mas cómodo á las personas de mas consideracion. No metais las manos entre las llamas; no os pongais delante de los otros, ni volvais las espaldas á la chimenea; esto no es permitido sino á un padre de familia entre sus hijos, ó á un amo entre las gentes de su casa. La humanidad, é igualmente la civilidad exîgen que se haga lugar á los úl-

timos que llegan, y que nos incomodemos un poco en favor de aquellos que tienen mas necesidad de calentarse.

Si alguno arroja algo al fuego, como cartas, papeles ú otras cosas semejantes, será muy mal hecho el recogerlas.

En fin, para saber mas seguramente cómo debeis conduciros en una sociedad, observad lo que hacen las personas mas bien educadas, é imitad lo que convenga á vuestra edad y al rango que teneis en la sociedad. No os equivoqueis sobre este último punto; porque no habria cosa mas ridícula ni mas incivil al propio tiempo que tomar un tono que solo convendria á unas personas de mayor consideracion.

No debo terminar este artículo sin encargaros tambien hagais todas vuestras acciones con desembarazo; el ayre cortado es ridículo, y la demasiada timidez un defecto. Miéntras ménos confianza tengais en vosotros mismos ménos bien hareis las cosas, y causareis enfado á los otros: fuera de esto, vuestra timidez unida á vuestra torpeza os hará poco favor, pues os tendrán fre-

qüentemente por personas inciviles. Superad pues el temor pueril que os haria tanto perjuicio: no deis tampoco en el extremo de tener demasiada confianza en vosotros, porque vendriais á parar en haceros odiosos y mal vistos, y este es el carácter mas desagradable que hay en el mundo.

Quando esteis en sociedad, tened un ayre dulce, atento y festivo. Si os ha sucedido alguna cosa desagradable, olvidadla á la puerta, porque es muy inútil el ir á buscar las gentes para manifestarlas mal humor y fastidiarlas. Si os es imposible el mostrar mejor semblante, quedaos en casa que es lo mejor que podeis y debeis hacer.

Modo de portarse en la mesa.

No os senteis jamas á la mesa con las manos puercas; lavároslas ántes, si ántes de presentaros delante de la compañía no habeis tenido este cuidado. Si estais en una casa donde dan aguamanos, esperad para lavaros á que llegue vuestro turno, y hacedlo de modo que no incomodeis á nadie, ni os salpiqueis el vestido.

En las familias donde los deberes de la religion cristiana se observan, como es justo, procede siempre una oracion á la comida, y se concluye con otra. Esta costumbre es propia de un católico, que jamas debe usar de los beneficios de la providencia, sin manifestarla su debido reconocimiento. Si os hallais en una casa donde descuiden este acto de devocion, no os pertenece á vosotros el criticarlo abiertamente. En este caso seguid vuestra costumbre en silencio, ó bien orad interiormente. El ojo de Dios ve el fondo de los corazones, y esto basta, pues exîge la prudencia que no nos expongamos por nuestros deberes religiosos á la burla y á la chacota de los necios y de las gentes sin religion.

Quando se trata de ponerse á la mesa, aguardad á que el amo ó el ama de la casa os indique el puesto que debeis ocupar; y dexad siempre que se sienten primero las personas de mas edad y suposicion que la vuestra.

No os pongais ni muy arrimados, ni muy distantes de la mesa: colocaos de modo que esteis con comodidad, pero

sin incomodar con los codos á los que esten á vuestros lados; no los apoyeis tampoco sobre la mesa, sino poned vuestros puños á la orilla de ella, procurando tener el cuerpo derecho.

Os pondreis la servilleta de manera que preserveis el vestido de una mancha, y podais usar de ella quando necesiteis limpiaros la boca ó los dedos.

Es contra la civilidad el soplar la sopa para enfriarla, particularmente estando en compañía; y así, es mas decente esperar á que se enfrie, ó menearla blandamente con la cuchara.

No alargueis precipitadamente vuestro plato para que os sirvan los primeros, sino aguardad á que llegue vuestro turno.

Si os presentan un plato, no tomeis los mejores bocados, sobre todo quando haya personas de mas edad que la vuestra, ó bien damas á quienes servir ántes que á vosotros.

No limpieis el cuchillo á cada bocado de pan que partais: no los corteis muy gruesos, y no os comais la corteza ántes que la miga.

Los bocados de pan no deben tener-

se apretados en la mano, como si se pretendiera esconderlos: deben llevarse á la boca con dos dedos, á medida que se necesitan.

No comais ni muy de priesa, ni muy despacio; lo primero anuncia ansia, y hace mal al estómago, y lo otro da en rostro á todo el mundo. No lleneis demasiado vuestra boca, sobre todo si teneis que hablar, porque esto es desagradable á los circunstantes.

No tengais siempre el cuchillo en la mano, como lo acostumbran las gentes del lugar; basta tomarle quando se necesita.

No tomeis jamas la sal ni la pimienta con los dedos: si no hay en la mesa cucharita destinada á este efecto, tomadla con la punta del cuchillo, habiéndolo limpiado ántes; y no tomeis mas cantidad que la que debeis emplear.

Es contra la política el oler las viandas, y es menester tener cuidado de no ponerlas en el plato despues de haberlas olido.

No hableis de la calidad de los alimentos, ni digais si son buenos ó malos, á ménos que el amo de la casa no

os lo pregunte: entónces responded de un modo que no quede disgustado.

Si encontrais en la comida alguna porquería, como carbon ó pelo, no lo enseñeis á los otros, por no darlos asco, y ocultadlo de manera que nadie lo vea.

No arrojeis al suelo, ni hueso, ni cáscara de huevo, ni mondadura de fruta, ni otra cosa semejante que no se come, y lo pondreis en el borde del plato: lo mismo debe hacerse con los huesos de la fruta, pues es mas aseado el sacarlos con dos dedos de la boca, que el escupirlos en la mano.

Nada desagrada tanto como ver á una persona que se empuerca las manos comiendo, que toca la vianda y las salsas con los dedos, y que luego se los mete en la boca para lamérselos. Evitad semejantes porquerías, y el untaros demasiado los labios con la grasa: limpiadlos con la servilleta cada vez que lo advirtais, para que no os tengan los que os miran por personas sin crianza ni educacion.

No bebais jamas con la boca llena, y sin haberosla limpiado ántes; y haced

lo mismo despues de haber bebido. Tomad el vaso mas cerca de su pie que de sus bordes, y no lo lleneis de modo que se derrame. No bebais ni con lentitud, ni de priesa, ni tampoco á sorbos, ni haciendo rechinar los dientes ni sonar los labios como si estuvierais mamando. Vuestra vista, miéntras bebais, no debe andar errante de un lado á otro, sino fixa sobre vuestro vaso.

No brindeis ligeramente á las personas de la comida, á ménos que sean vuestros amigos familiares. Durante la comida no manifesteis cierta ansia que haga conocer que vais á devorar quanto hay en la mesa. No mireis al plato de vuestro vecino, para exâminar si está mejor servido que vosotros. Tampoco manifesteis que gustais mas de un bocado que de otro, á ménos que el que os sirve no os lo pregunte, y que vuestra edad, vuestro rango ó la familiaridad no os permita responder segun vuestro gusto; y no recibais nada sin dar gracias con una inclinacion de cabeza ó de cuerpo; pero sobre todo procurad siempre comer con aseo, sin ensuciaros, ni ensuciar á nadie.

En fin, la última cosa que os encargo tocante á la mesa, es que jamas comais ni bebais hasta el punto de incomodaros. La naturaleza que necesita reponerse, ha puesto un cierto gusto en el comer, para incitarnos á no descuidar esta necesidad esencial; pero ella nos advierte, por el mal que suele hacernos, que debemos no abusar de la comida, y pararnos luego que hemos satisfecho racionalmente esta necesidad. Las indigestiones, ademas de ser un mal causan otros muchos; y así tened gran cuidado en evitarlas. Tambien os prevengo que no os excedais en la bebida: el vino y los licores tomados en gran cantidad, abrasan el cuerpo, producen males horribles de cabeza, debilitan la vista y entorpecen el espíritu. Bien sabeis que en el momento mismo de la embriaguez, el hombre parece un animal privado de entendimiento: este estado vergonzoso debia solo apartarnos de beber mas que lo necesario.

En una comida donde todo está abundante, donde las prevenciones aguzan el apetito, y donde la alegría de los convidados nos excita á echar mano de

quanto se nos presenta, es dificil resistir á tantos objetos de tentacion reunidos. Sin embargo, no os excedais: si la razon es indulgente algunas veces, la naturaleza no lo es jamas; y quando los hombres nos dicen: hoy es permitido alegrarse, la naturaleza nos castiga con los males que nos envia. Por otra parte, un festin es una especie de regocijo comun; y portarse en él de otro modo que lo exîge la razon, es transformar en un espectáculo desagradable una pequeña fiesta amistosa.

Cómo debemos portarnos en el juego.

El espíritu necesita dilatarse, y olvidar un poco las cosas serias, y para conseguirlo han imaginado el juego. No os pongais pues á jugar sino con un semblante risueño y con la intencion de contribuir á la diversion de los otros.

El que no mira en el juego sino el medio de ganar dinero, tiene el alma sórdida, y debe ser necesariamente un mal jugador: mostraos al contrario desinteresados, como que jugais para di-

vertiros; y así, si ganais, no manifesteis una alegría excesiva, y no os enfadeis tampoco quando perdais. Generalmente se hace mal juicio de las gentes que se dexan arrebatar del mal humor en el juego, y tienen razon.

Es muy mal hecho y cosa muy incivil burlarse de los que no juegan bien, porque no saben; y es efecto de malignidad el hacerlo con los que pierden.

La costumbre de jugar es peligrosa: desde luego hace perder el tiempo; y á veces acaba por arruinar al jugador; y así, no jugueis sino de tarde en tarde.

Si la eleccion de los juegos os es permitida, preferid aquellos en que se hace exercicio, como la pelota, los bolos, el volante, &c. porque en ellos se consigue mejor el fin de distraer el ánimo, y fortificar la salud. Los juegos de cartas, de damas, de chaquete, al contrario, teniéndoos clavados en una silla, os fatigan el cuerpo; y por la atencion que exîgen os aturden y calientan la cabeza, y este es nuevo trabajo. Sin embargo, aceptadlos sin murmurar, si los otros os los proponen. Los hombres no se reunen en sociedad, sino para pro-

curarse una decente diversion recíproca.

Alguna vez habreis visto que algunas gentes no hacen escrúpulo de engañar: si juegan dinero, el engañar es una verdadera estafa. Si se juega por diversion tampoco es justo hacer trampas; porque se roba á los contrarios con ellas el gusto de haber ganado, y es tambien exponerse á que se enfaden. En empezando con estas cosas, se acabó el placer del juego No perturbeis pues la alegría de los otros; sed francos en todo lo regular, pues este es el modo de atraerse las voluntades de todo el mundo. Las gentes fulleras, aun en los juegos donde no se atraviesan intereses de entidad, son mal miradas, pues esta que creen gracia y diversion, solo os divierte á ellos, y enfada á los demas.

Modo de portarse en las calles.

Vuestro porte en la calle debe ser decente y circunspecto sin afectacion, pues de otro modo atraeriais las miradas de las gentes, teniéndoos por extravagantes ó mal educados; y solo quando la precision os obligue, debeis an-

dar muy de priesa; pero sin llevar muy levantada la cabeza, ni hacer balances con los hombros, pues estas son las señales de un orgulloso.

Tampoco debeis arrastrar los pies, porque os tendrán por unos perezosos que apénas pueden moverse. No andeis tampoco de puntillas, como si danzaseis, ni corrais de un lado á otro de la calle, porque os tendrán por locos.

No movais demasiado los brazos, como si fueran alas que os llevaran mas velozmente.

Si vais al lado de otro arreglad vuestros pasos á los suyos: no os arrimeis demasiado á él por no incomodarlo, ni os separeis tanto que no podais oirle si os habla. Mirad donde poneis los pies no sea que os metais en el barro ó en el agua, y le salpiqueis. Esta precaucion es provechosa tambien para vosotros mismos, pues excusais el emporcaros.

Echad quando andais las puntas de los pies hácia fuera: procurad no dar tropezones, ni rozaros.

Si en el camino encontrais á una persona á quien debais respetar, la salu-

dareis con atencion sin pararos, á ménos que no la conozcais particularmente.

Los jóvenes deben saludar á todo el mundo, porque honrar á los otros es honrarse á sí mismo. En los grandes pueblos, vista la multitud de gentes que pasan á nuestro lado, no debe saludarse sino á los conocidos.

Si una persona os saluda y os detiene en el camino es preciso pararse, á ménos que no sea muy inferior á vosotros. En ese caso no dexeis por lo mismo de tratarla con agrado, y hacerla ver vuestra política con todo el mundo.

No pregunteis indistintamente á todos cómo lo pasan: esta fórmula no conviene sino á vuestros iguales y á las personas que conocemos particularmente.

A las personas de respeto es menester dexarlas la acera, é igualmente á los ancianos.

No digais jamas á nadie que se cubra, como no sea vuestro inferior, pues esto es como manifestar cierta superioridad, y una especie de orgullo fuera de propósito.

Todo lo que acabo de decir se dirige

:

á ti, Paulino, y no á tu hermana. Sin embargo, sus deberes no son ménos estrictos, pues debe mirarse y observarse mucho mas quando esté en presencia de las gentes. Su modo de andar debe ser arreglado, y anunciar una especie de pudor: sus ojos baxos; y no andar buscando las miradas de los hombres, porque esta es una indecencia que anuncia liviandad y descaro. Tampoco debe mirar á un lado y otro como con inquietud, porque la tendrán por una loca. Si alguno mal criado la dirige la palabra, ni responda, ni haga caso, pues en general, la conducta de una muger debe ser mas reservada que la de un hombre. Como su sexô está mas rodeado de lazos, es indispensable que se conduzca con una prudente desconfianza: y como siempre se juzga á las mugeres con mayor severidad que á los hombres, debe tambien por esta razon vivir con mas cuidado y vigilancia.

LECCION X.

De lo que por civilidad deben los hombres á las damas.

Las relaciones que exîsten entre los dos sexôs exîgen cierta diferencia en el modo de tratarse. Los hombres deben tener un respeto mas señalado, y una complacencia mas atenta con las mugeres que con los de su sexô.

Lo que aquí te digo, hijo mio, no es sino para otra edad que la tuya; pero jamas es inútil echar un buen cimiento en el corazon. Escucha:

Quando te halles en una compañía donde haya damas, procura tener con ellas todas las atenciones posibles: la delicadeza de su complexîon debe bastar para que las excuses quantas penas y trabajos puedas. Lo que no harias por un hombre, hazlo gustoso por ellas. Cédelas siempre el lugar mas cómodo y mas decente; y en una comida jamas permitas que te sirvan ántes que á ellas. Si se trata de jugar pídelas su parecer, y que ellas sean las que elijan el que

mas las agrade, si de ello no te resulta algun perjuicio, ó á la reputacion ó á la salud; porque al decirte que seas complaciente con las damas, supongo que ellas deben ser razonables. Si en la sociedad hay alguna disparatada y caprichosa que exîja cosas indiscretas, rehúsaselas con mucha política, pero con firmeza; porque sería una cosa cruel ser por política víctima de una loca, que solo mereceria entónces que la compadeciesen.

Sobre todo, hijo mio, sean tus palabras honestas delante de las mugeres. Mil chanceros insolentes que no dexan de abundar, creen que es una gracia el decir bufonadas indecentes en una compañía; y lo que consiguen es ofender el pudor de las personas juiciosas. Se muy bien que algunos tienen el arte de disfrazar las palabras; pero háganlo como quieran, siempre hacen mal, y adquieren la opinion de que tienen un alma poco delicada, una imaginacion obscena, y todo esto los hace aborrecibles y despreciables. Respeta á las mugeres, porque importa á las buenas costumbres que ellas se respeten á sí

mismas. Si todos usaran de iguales licencias, ¿que sería la conversacion? Un verdadero libertinage, tanto mas perjudicial quanto se tendria con mas agudeza y entendimiento. Tú, hijo mio, sé hombre de bien, y mirado hasta en las chanzas; y así un padre de familia no tendrá reparo en admitirte en su casa.

Si las damas emprenden algun juego de verdadero exercicio, contempla su delicadeza; lo que entre hombres pareceria una bufonada, sería una groseria contra la buena crianza, con respecto á ellas. Si la precision te obliga á tocarlas, hazlo siempre con decencia, y procura tambien que tus palabras sean arregladas y honestas; insisto sobre este punto, hijos mios, porque encontrareis muchas personas que no hacen caso de esto, y yo sentiria en el alma que adquirierais tan mal exemplo. Para preservaros de él, acordaros siempre que la sociedad dexa de ser agradable como la honestidad no reyne en ella.

Cómo deben los jóvenes conducirse en la sociedad con respecto á los hombres.

A ti particularmente, hija mia, es esencial la decencia; ya te lo he dicho, que á las mugeres se las juzga con severidad, y por lo mismo deben vivir con mas recato, y no obrar con ligereza.

El modo de mirar anuncia lo que hay en el corazon; y así, que tus miradas tengan la expresion de la modestia, y para conseguirlo sé modesta en efecto; una mirada atrevida en una muger es una cosa que repugna; sobre todo no busques las de los hombres: esta costumbre no proviene sino de la depravacion del corazon: y si por casualidad una simple inconseqüencia te la hace imitar, te confundirán con aquellas cuyas costumbres tienen ya algo de corrompidas.

Si es bueno para la civilizacion de la sociedad que los hombres y las mugeres se reunan, tambien es muy útil para las costumbres que esta reunion

no sea demasiado íntima. No huyas con afectacion su compañía, como una mogigata; pero no la busques tampoco mucho, y prefiere siempre la de las personas de tu sexô.

Tambien debes en medio de los juegos ser reservada, pues por esta modesta reserva te harás respetar, y las gentes sin costumbres temeran hacer ó decir alguna cosa que te ultraje. Si alguno cree poderse permitir alguna libertad contigo, la severidad misma de tus miradas será suficiente para contenerle y mantenerle en su deber. Jamas rias por cosas indecentes, porque muy presto te despreciarian hasta el extremo de faltarte al respeto, persuadiéndose á que ya eras bastante despreciable para no contar con el derecho de quejarte de ello. Si dicen palabras que hagan á dos sentidos delante de ti, no manifiestes jamas que las has entendido, ni te enfades ni rias: si la proposicion es indecente, y sin equívoco, retírate si puedes, y si no, manifiesta con tu ayre frio el desprecio que haces de semejantes discursos, que jamas pueden salir sino de la boca de

gentes libertinas, ó sin educacion.

Acabo de decir que los hombres deben ser complacientes con las mugeres; pero esta no es una razon para que una muger abuse de esta complacencia: solo una coqueta ó caprichosa puede hacerlo así. Una muger honesta y razonable recibe siempre con modestia las atenciones que se tienen con ella; pero procura no ser la ocupacion continua de los hombres.

En la conversacion no desees el brillar: todo el mundo queda satisfecho en encontrando una muger instruida; pero desde el momento que quiere que todos sean de su opinion, ó que se complace en hacer ostentacion de su ciencia, se hace insoportable, y se coloca en el rango de las pedantes. Habla sin afectacion: los hombres son injustos, y la presencia de una muger sabia ofende su orgullo. Compadécete de su debilidad, y haz á fuerza de modestia que no se manifieste tu ciencia, si la tienes. Aquí debo citarte el exemplo de madama *Dacier*, la muger mas sabia de su tiempo: un señor aleman, que en sus viages tenia gusto en visi-

tar á las primeras personas de gran mérito, suplicó á madama Dacier escribiese su nombre en un librito que llevaba. Despues de haberse excusado algun tiempo, esta muger respetable escribió su nombre, y añadió en seguida un verso de Sofocles, cuyo sentido es, que *el silencio es el mas bello adorno de las mugeres*; ve ahí tu modelo, hija mia.

Si al contrario tienes poca instruccion, te conviene callar y escuchar; este papel es fácil, y agrada á los otros. No hables jamas, como lo hacen tantas mugeres sin entendimiento ni instruccion, de trages, peynados ni otras bagatelas del tocador: esta es la conversacion mas necia de todas, y la que mas desprecian los hombres de juicio.

Las mugeres tienen un gran defecto, y es el exâminarse unas á otras de pies á cabeza, y criticarse luego sin caridad. Esta envidia es baxa y miserable, y así guárdate bien de ella, hija mia. La crítica que harias de las otras no te haria por cierto parecer ni mas bella ni mejor vestida, y todo lo que conseguirias sería que formasen una mala idea de tu corazon.

Del acostarse.

Ya hemos visto poco mas ó ménos todas las circunstancias (en el curso de un dia) en que deben ponerse en práctica las reglas de la civilidad; por lo demas, hijos mios, imitad á las personas que á la solidez de sus principios juntan el uso del mundo, y aquella verdadera política que tiene por objeto servir y agradar.

En quanto al acostarse, si sois los dueños, conviene hacerlo á una hora regular, y no muy entrada la noche, y el levantarse temprano: esto es bueno para la salud, y nos proporciona mas tiempo para entregarnos á nuestros negocios.

Un niño bien nacido y educado debe ántes de retirarse á su quarto cumplir sus deberes con respecto á sus padres y superiores, y no debe meterse en la cama sin haberse encomendado á Dios, y dádole gracias por todos los beneficios que en aquel dia ha recibido de su mano misericordiosa.

Quitaos los vestidos con decencia, y

ponéoslos del mismo modo: componedlos con cuidado á fin de hallarlos con facilidad, y á mano, al dia siguiente: el órden es útil en todo, y ahorra mucho tiempo.

Antes de quedaros dormidos repasad en vuestra memoria lo que habeis hecho aquel dia: ved si habeis practicado alguna accion útil, si habeis cumplido con vuestras obligaciones de cristianos y hombres de bien; echad una ojeada sobre el dia siguiente, si Dios os lo dexa ver, y prometed obrar mejor todavía que en el que ha pasado, si no estais satisfechos de vuestra conducta. Pensad que el tiempo huye para no volver jamas, que envejeceis á cada instante, y que las horas perdidas son otras tantas pérdidas para siempre, y á costa de nuestra exîstencia. Esta reflexîon es terrible, hijos mios, pero si se conservase con mas cuidado en la memoria, seríamos mas avaros del tiempo para servir á Dios, observando cuidadosamente sus divinos mandamientos, y amar al próximo como á nosotros mismos.

Ved aquí, hijos mios, lo que esen-

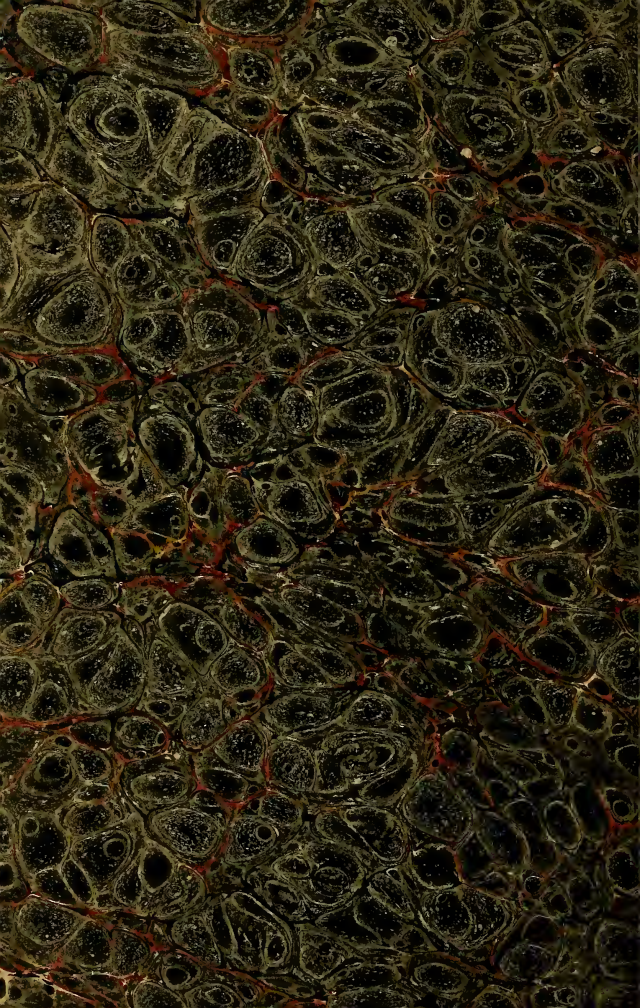
cialmente debeis saber y practicar para cumplir bien con vuestra obligacion: lo resumo en pocas palabras: volved el bien que os han hecho, y sereis *hombres de bien.*

Haced bien sin interes, y sereis *virtuosos.* Sed atentos y serviciales con todos en la sociedad, y sereis *civiles.* En fin, reunid estas tres cosas, y sereis personas completas.

Por lo que hace á mí, ya he desempeñado uno de los puntos de la moral; os he transmitido estas lecciones que recibí de mis respetables padres: algun dia, si Dios lo permite, ocupareis el lugar que yo ocupo hoy. Entónces, dad á vuestros hijos lo que yo acabo de daros: este es un deber sagrado para vosotros, y de este modo se propagan y se mantienen los buenos principios entre los hombres.

[illegible] 9 1808.

EL TESORO
DE LOS NIÑOS.



LIBRARY OF CONGRESS
0 021 363 605 4